LIBROdot.com

GOETHE, JOHANN WOLFGANG

HERMANN Y DOROTEA

CALÍOPE
LA DESGRACIA COMPARTIDA

No, nunca vi las calles y el mercado tan desiertos: la ciudad parece abandonada, como muerta; apenas si quedan en ella cincuenta vecinos. ¡Cuánto puede la curiosidad! Todos se dirigen en un continuo y precipitado correr a presenciar el triste espectáculo de las pobres familias fugitivas. De la ciudad a la carretera por donde deben pasar media casi una hora de camino, y, no obstante, todos acuden allí en pleno mediodía y bajo los rigores de un polvo abrasador. Por mi parte, no pienso abandonar mi sitio para contemplar, ¡oh desgracia!, el infortunio de esas gentes que huyen de nuestra opuesta y tan hermosa orilla del Rin llevando consigo cuanto han podido salvar, acuden hacia nosotros y vagan errantes a través de nuestro valle fértil. Esposa mía: bien hiciste enviando a nuestro hijo a distribuir ropa vieja, alimentos y bebidas entre estos desgraciados; dar es obligación del rico. ¡Y qué bien guía los caballos este muchacho, y con qué dominio los conduce! Nuestro cochecito, casi nuevo, reluce como una joya: podría llevar cómodamente cuatro personas sin contar el cochero en su delantera. Esta vez lo ocupa él solo: ¡con qué ligereza ha corrido al volver la esquina de la calle!

Así hablaba a su esposa el dueño de El León de Oro, sentado en la entrada de su casa, sita cerca del mercado, dejándose llevar por el hilo de sus ideas.

—No me gusta prodigar la ropa vieja que dejamos de usar —replicó la diligente y hacendosa mesonera—, pues no faltan ocasiones en que pueda ser útil y en caso de necesidad a veces no se encuentra fácilmente ni aun pagándola cara. Pero hoy que sólo oigo hablar de niños y ancianos desnudos, he dado con alegría buen número de nuestras camisas y mantas todavía en buen uso. Y aun he llegado a más: he saqueado tu armario, y tu bata de algodón fino, aquella de indiana rameada, forrada de franela. Era muy usada y pasada de moda. ¿Te habré disgustado?

El mesonero contestó sonriente:

—Confieso que me duele separarme de esta bata vieja; era de indiana auténtica y ahora sería imposible encontrar otra parecida. Pero, va, ¡tampoco la usaba!... Hoy día es obligado presentarse bien vestido y mejor calzado: las zapatillas y el gorro ya no se estilan.

—Mira —interrumpió la esposa—, ya regresan por aquel lado algunos de los que fueron a presenciar la huida de los fugitivos; ya deben haber pasado. ¡Y qué polvorientos vuelven y cuán encendidos de rostro! Con sus pañuelos secan una y otra vez el sudor de sus caras. Por vida mía que no seré yo quien corra tanto, en plena ardencia del día, para asistir a un

espectáculo que me haría llorar como una Magdalena; de sobra tendré con escuchar su relato.

—Lo que es raro —dijo el mesonero con acento reposado— es que disfrutemos de un tiempo tan magnífico en el preciso momento de una cosecha tan buena. Entraremos el trigo muy pronto, como ya hicimos con el heno, sin haber visto una gota de lluvia: el cielo está sereno y sin la nube más ligera; y el soplo del viento del este nos trae una frescura agradable. Este buen tiempo durará y el trigo está en el punto preciso de su madurez; mañana empezaremos a segar la cosecha más rica de cuantas recuerdo.

Mientras hablaba aumentaba por momentos el número de hombres y mujeres que atravesaba el mercado y volvía a sus hogares. Por el lado opuesto de la plaza llegó rápidamente frente a su casa, ha poco reconstruida, el rico vecino, comerciante el más distinguido de la localidad. Llevaba a sus hijas en su coche descubierto (construido en Landau). Las calles aparecían nuevamente animadas, pues esta pequeña ciudad contaba con bastante población, que vivía de diversas fábricas y practicaba no escaso comercio. El matrimonio seguía los movimientos de la muchedumbre y se entretenía haciendo diversas observaciones.

—Mira —dijo la mesonera—, el cura llega por este lado, en compañía de nuestro vecino el farmacéutico. Sin duda nos contarán lo que han visto; por supuesto que habrá sido un espectáculo nada agradable.

Ambos se acercaron amistosamente, saludaron a los esposos y, sentándose cerca de ellos en los bancos de madera, sacudieron el polvo de sus zapatos y se abanicaron con los pañuelos.

Después de unos mutuos cumplidos, el boticario empezó a hablar y, poco más o menos, dijo en tono compungido:

—¡Así son los hombres! Sucede una desgracia a su prójimo y todos acuden satisfechos a contemplarla boquiabiertos; se apresuran a considerar las llamas devoradoras de un incendio que sube hasta el cielo; quieren conocer al desdichado criminal que sigue el triste camino del suplicio. Hoy mismo el pueblo entero ha salido a las afueras de la ciudad para contemplar las desgracias de estas pobres gentes expulsadas de sus hogares; ni uno solo piensa que de un momento a otro puede amenazarle un parecido infortunio. Ligereza imperdonable, a mi parecer, pero que, sin embargo, es muy humana.

Lleno de buen sentido, el venerable cura escuchaba en silencio. La ciudad se sentía orgullosa de él. Aunque todavía aparentaba ser joven, estaba próximo a la madurez. Conocía las variadas escenas que constituyen la vida humana, y sus sermones se basaban en la idiosincrasia de sus auditores. Saturado de la importancia de los libros sagrados que nos descubren la condición humana y el objetivo de la Providencia, no por eso ignoraba las obras y las tendencias de los autores profanos contemporáneos.

—No me apetece —dijo el buen cura— censurar una inclinación que la naturaleza, esta buena madre, dio al hombre y no precisamente con el fin de descarriarle. Muy a menudo, esta inclinación feliz que le guía y que es irresistible, alcanza lo que la inteligencia y la razón no siempre pueden conseguir. Si la curiosidad no atrajera al hombre por medio de sus potentes atractivos, decidme si nunca hubiera conocido la sorprendente belleza de las relaciones que en la naturaleza unen a todos los seres. Lo primero que el hombre quiere es lo nuevo; en seguida busca lo útil con ardor infatigable; por último aspira a lo que es bueno por excelencia gracias a lo cual se eleva y dignifica. La ligereza es la alegre compañera de su juventud, la que le oculta los peligros y borra al instante las huellas de las amarguras así que se ha extinguido su paso. ¡Feliz el hombre que ya en edad madura, por la calma de la

razón de esta loca embriaguez, despliega con éxito su actividad lo mismo en la dicha que en el infortunio: sus esfuerzos producen el bien y compensan los males sufridos!

La impaciente mesonera interrumpió:

—Digan lo que han visto. Tengo prisa en saberlo.

—Después de lo que hemos presenciado —continuó el farmacéutico en tono expresivo—, tardaré mucho en volver a sentir alegría por cosa alguna. ¿Quién podrá contar la múltiple variedad de infortunios reunidos en uno solo? Antes de descender al llano, ya vimos levantarse gran polvareda a lo lejos, y, sin que pudiéramos distinguir los objetos, la muchedumbre de emigrantes que corría de colina en colina hasta perderse de vista; llegados a la carretera que corta oblicuamente el valle, y a pesar de la prisa y la confusión de los peatones, todavía hemos podido contemplar el paso de gran número de estos desgraciados. El aspecto de cada uno nos ha dado a conocer a la vez las penas y amarguras que acarrea la huida, y el dulce sentimiento de haber salvado la propia vida gracias a una feliz oportunidad. Los numerosos efectos que una casa contiene, y cuyo dueño cuidadoso coloca a su alrededor en el sitio más conveniente, para tenerlo siempre a mano, según su utilidad, todo esto, ¡triste espectáculo!, aparecía cargado en desorden sobre distintos vehículos y carretas, y atado con precipitación. La criba y la manta de lana estaban sobre el armario, la cama en la artesa, los colchones sobre el espejo. Y exactamente lo mismo que hace veinte años, cuando el terrible incendio que sufrió nuestro pueblo, hemos vuelto a ver cómo el peligro ofusca de tal modo la razón humana que le impulsa a salvar las cosas más insignificantes y le hace olvidar las más valiosas. Asimismo en este caso, los carros tirados por bueyes y caballos arrastraban objetos sin valor: tablas viejas, antiguos toneles, pajareras y jaulas; mujeres y niños andaban penosamente cargados de canastas, cajas y cestas llenas de trastos completamente inútiles, ¡tanta pena muestra el hombre en abandonar el menor de sus bienes! La multitud avanzaba confusamente, atropellándose desordenada y tumultuosa en medio del polvo de la carretera, que, a pesar de su anchura, era estrecha para engullir tal avalancha. Para más confusión, cuantos llevaban animales escuálidos pretendían marchar lentamente, en tanto los que iban a pie intentaban avanzar más aprisa. De esta multitud estrujada y compacta salía gran confusión de gritos de mujeres y niños, mezclados con los mugidos del ganado, los ladridos de los perros y los gemidos de los viejos y de los enfermos echados sobre lechos bamboleantes puestos en la cima de los carros repletos. De pronto se oye un chirrido; la rueda de un vehículo se desprende de un eje y lo hace volcar junto a un montículo. El carro se inclina hacia el foso, mientras sus ocupantes lanzan gritos de horror y caen en un campo próximo. Afortunadamente la caída no ha sido fatal. Si las cajas y los bultos no van a parar cerca del carro, mucho me temo que los desgraciados hubieran resultado aplastados bajo el peso de los bagajes y los muebles. El carro allá quedó atascado; los infelices, desprovistos de socorro, fueron abandonados a su suerte, pues sus compañeros se alejaron a toda prisa, no pensando más que en sí mismos y a su vez arrastrados por el torrente de la multitud. Corrimos en su auxilio; se trataba de unos pobres enfermos y viejos que, en sus hogares y en sus lechos, todavía encontraban cierto alivio a sus sufrimientos pero que ahora permanecían extendidos en el suelo, llagados, clamando quejumbrosos y gimientes, y sofocados por las nubes de polvo bajo el sol inclemente.

—¡Ah! —exclamó el huésped vivamente conmovido—. ¡Ojalá les encuentre mi hijo Hermann para socorrerlos y abrigarlos! Por mi parte prefiero no verlos: el infortunio me aflige demasiado. La primera noticia que he tenido de tan grandes calamidades ya me conmovió; y fue más que suficiente para decidirme a enviarles a toda prisa una parte de nuestra abundancia, a fin de que, por lo menos, algunos de estos desgraciados fugitivos

pudieran reponer sus fuerzas. Pero no sigamos hablando de tan triste sucesos. El temor y la inquietud, que detesto más que la desgracia misma, se filtran con facilidad en el corazón del hombre. Pasemos a la habitación del fondo. Es más fresca, el sol no penetra en ella y sus muros espesos no permiten la entrada al calor.

El mesonero se levantó y, dirigiéndose a su mujer, le dijo:

—Esposa mía, trae una botella de aquel vino del 783 para disipar la melancolía. Aquí no beberíamos a gusto; las moscas zumbarían alrededor de los vasos.

Los tres penetraron en la casa y se deleitaron en la frescura de su interior.

La mesonera trajo en una bandeja de estaño, muy reluciente y circular, una botella de un vino límpido y clarete, este vino maravilloso del Rin, servido en copas de cristal verde a propósito para él. Los tres se sentaron alrededor de la mesa redonda y de sólidas patas, de madera oscura, encerada, pulida y brillante como un espejo. El mesonero brindó con el cura y los vasos dejaron oír un sonido cristalino. Su compañero sostuvo el suyo pero permaneció inmóvil y pensativo. El huésped le incitó amigablemente con las siguientes palabras:

—Ánimo, señor boticario, bebamos; hasta el presente la gracia de Dios nos ha preservado de este gran desastre, y sin duda también se dignará hacerlo en lo futuro. Precisa reconocer que después del castigo riguroso que nos infligió con el horrible incendio, nunca más ha dejado de favorecernos y darnos motivos de alegría. Ha velado por nosotros de un modo constante y con idéntico cuidado que el hombre tiene por la niña preciosa de sus ojos, pues se trata del más querido de sus órganos. ¿Por qué no ha de seguir protegiéndonos? En el peligro es donde se conoce a fondo todo su poder. Nuestra ciudad es floreciente, se ha visto llena de bendiciones desde el día en que la levantamos de sus cenizas, ¿por qué debía aniquilarla por segunda vez y hundir nuestros trabajos?

—No perdáis nunca la fe —añadió el cura con suave y pausado voz—, ella nos hace prudentes en la prosperidad y nos ofrece, cuando el infortunio, el consuelo más eficaz sin dejar de alimentar nuestras más halagüeñas esperanzas.

El mesonero añadió, expresándose en un profundo sentido:

—¡Cuántas veces, al regresar de un viaje de negocios, he saludado con emoción las olas del Rin! ¡Siempre me ha maravillado su grandiosidad! Su visión me ha inspirado ideas y sentimientos elevados, pero nunca pude imaginar que su orilla agradable me serviría de muralla contra los franceses ni que su ancho lecho equivaldría a un foso infranqueable. Ved cómo la naturaleza protege a nuestros bravos alemanes que nos defienden. El Señor nos ayuda en esta forma. ¿Por qué entregarnos a un abatimiento insensato? Los combatientes están fatigados y todos los indicios anuncian una próxima paz. ¡Ojalá vea cumplido mi augurio! Entonces este día tan esperado será festejado con gran solemnidad en nuestra iglesia. El concierto del órgano irá acompañado del repiqueteo de la campana y del son estridente de las trompetas, mientras en el templo se cantará el Te Deum. ¡Ojalá en este mismo día, amado reverendo, pueda yo ver a mi Hermann, con aire decidido, presentarse con su novia ante el altar! Y quiera Dios que esa festividad, que será celebrada en todo el país, coincida con el aniversario de esta nuestra alegría doméstica. Pero estoy apenado por que mi chico, tan activo y diligente en casa, se muestra indolente y arisco fuera de ella. No le gusta mezclarse con la gente, e incluso evita el trato con las muchachas y la alegría del baile que tan gratos son a la juventud.

Después imperó el silencio. Pero no tardó en oírse el resonar lejano del trote de unos caballos que fueron aproximándose. El galope cada vez se hizo más preciso; por fin se oyó el rodar de un coche y el vehículo entró con gran rapidez bajo las bóvedas de la casa, atronándolas con su estruendo.

TERPSÍCORE
HERMANN

Así que el joven Hermann, de gallarda presencia, apareció en la habitación, el cura fijó en él su mirada penetrante, y después de considerar su porte con la habitual sagacidad del buen observador que sabe leer en las fisonomías ajenas, le sonrió y le dijo en tono amistoso:

—Nunca te había visto tan satisfecho como hoy. Jamás me has parecido tan vivaracho ni tus ojos han brillado con tanta alegría. Estás contento; claramente se ve el bien que has hecho a los pobres y las bendiciones que en pago has recibido.

—Si mi conducta es loable, lo ignoro —respondió el joven con apacibilidad y muestras de gran prudencia—, pero sí que he seguido los impulsos de mi corazón y voy a contarles lo que me ha ocurrido. Madre, usted se ha entretenido demasiado en rebuscar en los armarios la ropa y los vestidos que me dio. Era ya tarde cuando el paquete quedó listo. El cuidado de preparar el vino, la cerveza y los alimentos le ha llevado excesivo tiempo. Cuando salí de la ciudad y empecé a correr carretera adelante, encontré gran número de nuestros vecinos que ya regresaban, acompañados de sus esposas e hijos. Los fugitivos habían pasado. Redoblé la rapidez de mi carrera y me dirigí hacia el pueblo próximo donde, según me dijeron, pernoctarían.

Seguía el camino pensando en mis propósitos cuando alcanzo un carro sólido, arrastrado por dos bueyes de los más vigorosos que se puedan encontrar en el país vecino. A su lado caminaba con paso firme una joven que llevaba en la mano una vara larga para aguijonear y dirigir a los animales, excitándolos o conteniéndolos según el caso, y guiando el carro con precaución. Así que me ve se acerca confiada a mis caballos y me dice resuelta: <<— Nuestra situación no siempre ha sido tan deplorable como la de hoy, ni tengo costumbre de solicitar limosna de un extraño, pues con frecuencia da a disgusto y sólo para desembarazarse del pobre. Pero la necesidad me obliga a esta humillación. En el carro y echada sobre la paja llevo la esposa de un rico hacendado. Acaba de dar a luz; estaba próxima a este trance cuando la recogí y apenas y he podido salvarla gracias a mi carro. Llegaremos más tarde que los demás fugitivos. La infeliz vive por milagro y el recién nacido está desnudo. De nuestros compañeros sólo podemos esperar un escaso recurso, incluso es dudable que los encontraremos en el pueblo próximo, en donde debemos detenernos: temo que hayan proseguido la marcha. Si usted es de este país, y si, por casualidad, puede proporcionarnos ropa blanca, le ruego tenga la bondad de darla a esa desgraciada>>.

Éstas fueron las palabras de la joven. La madre, pálida y desfalleciente, se había incorporado y me miraba con fijeza: Yo contesté: <<—Buenas mujeres, no cabe duda que la divina Providencia nos revela a menudo las necesidades que afligen a nuestros hermanos. Mi madre, como si hubiera adivinado el caso, me ha dado este lío de ropa que servirá para vestir al desnudo>>.

Y desatando enseguida el paquete he dado a la muchacha, que lo ha agradecido con efusión, la bata de mi padre, las camisas, y las sábanas.

—<<El hombre feliz no cree en los milagros. Sólo cuando sobreviene la desgracia se aprende que el dedo de Dios dirige los pasos de las personas bondadosas. Que el Señor os recompense los auxilios que nos habéis dado.>>

La madre cogió la ropa y la acariciaba sonriente, sobre todo la suave franela de la bata.

—<<Apresurémonos a ir al pueblo —dijo la muchacha— para juntarnos con nuestros compañeros. Allí prepararé vestidos para el niño y cuanto sea necesario.>>

Se despidió de mí y me dio las gracias nuevamente. Después arreó a los bueyes y el carro se alejó. Yo vacilaba: tenía en mi mano las riendas de mis caballos y no sabía qué hacer. Por una parte deseaba correr a toda prisa al pueblo vecino para repartir mis provisiones entre los emigrantes, y por otra dudaba en darlas a la muchacha para que ella misma se encargara de distribuirlas. En seguida salí de dudas. Corrí tras ella y no tardé en alcanzarla.

—<<Joven —le dije—, mi madre no sólo me ha dado ropa sino también alimentos y bebidas de que traigo buena provisión. He decidido entregártelo todo para que lo distribuyas. Tú lo repartirás con buen tino, en tanto que yo lo haría al azar.>>

—<<Sí —respondió—, haré buen uso del donativo. Será distribuido entre los más desgraciados y ayudará a socorrer muchas miserias.>>

Abrí la caja del coche y sequé los pesados jamones, los panes, las botellas de vino y cerveza. Todo se lo di. Y aún más le hubiera dado, pero el cajón ya estaba vacío. Ella lo colocó todo con cuidado junto a la mujer acostada, y se alejó. Entretanto yo emprendía el camino de regreso.

El vecino, que era hablador y sólo esperaba que Hermann acabara su narración para meter baza, exclamó:

—¡Feliz el hombre que en estos días de emigración y de desorden vive solo en su casa sin el estorbo de la esposa y de los hijos que le rodean temerosos! Ahora me doy cuenta de mi suerte. Por nada del mundo quisiera ser padre de familia ni tener a mi cargo el cuidado de esposa e hijos. Algunas veces he pensado en huir: todo lo tengo a punto. He recogido lo que más estimo: dinero, la antigua vajilla de plata, las cadenas y las sortijas de oro de mi difunta madre, de las cuales nunca he pensado desprenderme. Claro que me vería obligado a sacrificar muchas cosas que serían difíciles de sustituir. Abandonaría con pesar, aunque sean de poco valor, las hierbas y raíces que tanto tiempo he empleado en recoger. Pero si el practicante se quedara en la botica, ya no sentiría abandonarlas. Me bastaría salvar mi persona y mi dinero. Un hombre solo puede huir sin estorbos.

—Vecino —le respondió Hermann en tono convencido—, no pienso como usted ni soy de su opinión. ¿Acaso merece ser estimado el que en los días de dicha o infortunio sólo piensa en sí mismo y no desea compartir sus alegrías o pesares con ninguno de sus semejantes? Por mi parte, hoy más que nunca es cuando me decidiría a casarme, pues gran número de muchachas, por haber quedado huérfanas, necesitan recurrir a la protección de un marido, y todos precisamos, además, del consuelo que la compañía de una buena esposa suele procurar en los pesares.

—Nunca has dicho palabras más sensatas. Me gusta oírte hablar así.

—Tienes razón, hijo mío —añadió la bondadosa madre—. Nosotros te hemos dado el ejemplo. No fue día de dicha el de nuestro matrimonio, sino que escogimos unas tristes circunstancias, y la desgracia fue motivo de nuestra unión. Recuerdo que era un lunes por la mañana, al día siguiente del incendio que destruyó nuestra ciudad. ¡Han pasado veinte años! El desastre ocurrió en domingo. El tiempo era caluroso, el agua escaseaba. Todo el mundo estaba de paseo, vistiendo sus trajes de fiesta. La multitud se había dispersado por los pueblos de los alrededores y llenaba los mesones y cafés. El fuego comenzó en un extremo de la ciudad. En seguida se propagó por toda una calle y de allí a otras. Ardieron las granjas y se quemaron las ricas cosechas: todas las calles estaban dominadas por las

llamas, incluso la plaza mayor. Se quemó la casa de mi padre, contigua a ésta, que también ardió: poca cosa pudimos salvar. Pasé la noche en un prado de las afueras, guardando las camas y las cajas. Pero pudo más el sueño y me dormí. La frescura de la mañana me despertó cuando todavía no clareaba. A mi alrededor todo era humo y rescoldo. Paredes y techos derrumbados. Sentí una gran opresión, pero al ver el sol que se levantaba con tanta majestad recobré el valor. Corrí, como si me persiguieran, para ver los restos de nuestra casa y saber si mis gallinas vivían, pues era lo que más quería. ¡Era tan niña todavía! Subí a las ruinas del corral, que aún humeaban, y contemplé la antigua mansión destruida y desierta. Entonces apareciste tú, esposo mío, por el lado opuesto, buscando el caballo que la víspera tenías en el establo. Encontraste vigas ardiendo y escombros, pero ni rastro del animal. Permanecimos uno frente a otro, consternados y mudos. La pared que separaba nuestros corrales había desaparecido. Entonces tú me cogiste de la mano y dijiste:

—¿Por qué has venido, Liseta? Huye, vete corriendo, que vas a quemarte los zapatos. Mira cómo humea el recio cuero de mis botas.

Y llevándome en tus brazos, pasamos a través del corral. La puerta de la casa todavía se sostenía con su bóveda, tal cual hoy día la vemos. Era lo único que quedaba en pie. Me dejaste en el suelo y me besaste, a pesar de mi resistencia. En seguida me dijiste con gravedad y ternura:

—Tu casa está arrasada. Quédate conmigo para ayudarme a reedificar la mía y yo ayudaré a tu padre a levantar la suya.

Confieso que, de primer momento, no te comprendí bien, pero todo se aclaró cuando tu madre vino a hablar con mi padre y concertaron nuestra boda. A pesar de todo, aún hoy recuerdo emocionada y alegre aquellas vigas humeantes y aquella radiante salida del sol. El alba de aquel día desdichado me daba a un esposo, y los primeros tiempos de terrible devastación me dieron el hijo de mi juventud. Así, pues, no puedo menos de alabar, Hermann, tus pensamientos y tus propósitos de casarte. Haces bien en confiar en el porvenir, a pesar de lo cruel de nuestra época y de los estragos y ruinas de la guerra.

—Sí —saltó el padre con gran viveza—. Es una buena determinación. Y lo que tú acabas de contar, esposa mía, es exactamente lo ocurrido. Tal como sucedió, así lo has relatado. Pero las circunstancias, gracias a Dios, han mejorado. No corresponde a todo el mundo comenzar de una misma manera, ni levantar una casa en idéntica forma. Tú y yo, igual a tantos otros, seguimos nuestro camino. Puede considerarse feliz a aquel que hereda la casa paterna levantada por sus mismos padres y ayuda a aumentarla y mejorarla. Los comienzos siempre son difíciles, y el del mesonero como ningún otro. La vida tiene sus necesidades, Y más la del comerciante. Los precios aumentan cada día, y precisa mucho ingenio para que el dinero llegue a todo. Por lo tanto, hijo mío, espero que bien pronto nos traerás una esposa y, si posible, provista de buen dote. Eso es lo justo, porque un chico de tus prendas se merece una muchacha acomodada, y nunca está por demás que la niña, por muy agraciada que sea, llegue acompañada de una bien provista cómoda, de un rico ajuar y de cuanto es de utilidad en una casa. No en vano una madre va preparando año tras año las mejores y más finas telas para su hija. No en vano sus padrinos le reservan su platería, y sus padres guardan en el fondo de su cofre el montoncito de onzas de oro; todos estos bienes y presentes contribuirán en su día a su felicidad y a la del novio que se la llave por esposa. Harto sabemos cuán satisfecha está la mujer cuando ve en la casa donde ha entrado a formar parte las camas paradas y el comedor y las habitaciones bien provistas de lo que ella aportó. Muy bien que nos traiga pronto una nuera, pero que esté bien dotada, por que como los hombres suelen ser injustos y el fuego del amor se apaga, el marido acaba despreciando

a la mujer indigente que llegó acompañada de la escasez. De hecho, acabará tratándola siempre como una simple sirvienta. Sí, Hermann, me harías feliz la vejez si cuanto antes te decidieras a traerme una nuera y, a ser posible, de nuestro vecindario. Por ejemplo, de esa casa nueva de enfrente. El padre es rico, bien lo sabes. Y cada día lo es más: crece su fábrica y aumentan sus negocios por que es de aquellos que todo lo aciertan. Sólo tiene tres hijas en que repartir su patrimonio. La mayor está comprometida, pero no así la mediana ni la pequeña; tal vez tarden a estarlo, pero si yo me encontrase en tu lugar no esperaría a que nadie se me adelantara: ya habría concertado el casamiento. Así lo hice yo con tu madre.

El muchacho, con mucha discreción, contestó a su padre de la siguiente manera:

—Yo también pensaba como usted y tenía el propósito de elegir entre una de la hijas de nuestro vecino. De pequeños nos criamos juntos y hemos compartido los juegos en la plaza alrededor de la fuente. Más de una vez las protegí de las petulancias de algunos chicos. Pero esos tiempos ya son lejanos. Las muchachas han crecido, ya no juegan en la plaza y más pronto se retraen. Han sido bien educadas, no cabe duda. Cierto día, y sólo para complacer a usted, me decidí a visitarlas, pero no me encontré a gusto a su lado, pues sólo me hacían reproches que tuve que soportan a pesar mío: que mi traje me venía ancho, que si el paño era basto, que si el color…, que si mi pelo estaba mal cortado… Hasta que un día se me ocurrió acicalarme como un hortera, de aquellos que en los días festivos mariposean a su lado. Pero de nada me sirvió, al contrario. Se mofaron de mí. Me dolió vivamente por que en verdad sentía afecto por ellas, sobre todo por Mina, la más joven. El día de Pascua volví a su lado y aquél fue mi último intento. Me puse el traje nuevo, el que está bien guardado en el armario. Iba bien peinado. En nada desentonaba de los demás muchachos. Cuando entré reían. Temí que fuera por mi causa. Mina estaba sentada al clavecino y a su lado tenía a su padre atento al canto y a la música, disfrutando entusiasmado. De lo que cantaba poca cosa entendí: se refería mucho a Mina y a Tanino. Al acabar el canto pedí detalles del texto y de los dos personajes. Nadie me contestó, pero todos rieron. Por fin el padre me dijo: <<—Por lo visto, muchacho, sólo conocen a Adán y Eva…>>. Entonces nadie pudo contenerse y todos lanzaron grandes carcajadas. El padre se apretaba los ijares. Yo me sentí avergonzado; dejé caer el sombrero, y redoblaron las risas. Y así continuaron entre cantos y música. Confuso y molesto volvíme a casa; encerré el traje en el armario, deshice mi peinado y juré no volver nunca más al lado de nuestras vecinas. Así lo he cumplido. Son presumidas y no me aprecian. Cuando hablan de mí me llaman Tanino.

—Hijo mío —dijo la madre—, debes tener en cuenta que son muy jóvenes. Sigue tratándolas y no te violentes. Mina es una buena muchacha y te aprecia. Hace pocos días me pidió noticias tuyas. Decídete.

—No sé —replicó el muchacho, indeciso—; la herida penetró tan adentro que mucho temo me fuere imposible soportar de nuevo verla sentada al clavecino y escuchar sus canciones.

Entonces el padre replicó iracundo y colérico.

—Nada puedo esperar de ti, hijo mío. Hace tiempo insisto en lo mismo; pero tú sólo piensas en los caballos y en la labranza, como si fueras un mozo cualquiera. Y no es eso de que yo quiero. Bien que seas apto para la casa, pero aún mejor que pudiera enorgullecerme de ti ante los demás vecinos. Las esperanzas puestas en ti, y que tu madre compartía no se han realizado. En la escuela te constó mucho aprender a leer y a escribir y siempre fuiste el último de la clase. Ahora lo veo muy claro, y a todos los que no tiene el sentido de la emulación, para levantarse por encima de los demás, les pasa lo mismo. Si mi padre hubiera sido para mí lo que yo he sido para mi hijo, y me hubiera pagado buenos estudios, te

aseguro que en lugar de encontrarme en El León de Oro pudieras considerarme en el desempeño de otros cargos.

Hermann, volviéndose de espaldas, se encaminó en silencio hacia la puerta. Su padre le gritó indignado:

—Sí, ¡vete, vete! Nos conocemos de tiempo: tu ideal es seguir tu voluntad o tu capricho. Vete; trabaja por la casa a tu gusto, y ojalá lo aciertes. Pero no cuentes con traerme aquí una nuera campesina. A mi edad, he vivido lo suficiente para tener sobrada experiencia del mundo y sé relacionarme con las gentes de tono que acuden a mi mesón. Sé cumplimentar a las damas, sé galantear a los desconocidos y todos hablan satisfechos de nuestro establecimiento. Pero también, al fin y al cabo, sería enhorabuena que entrara a formar parte de nuestra familia una joven que hiciera olvidarme de los achaques de la vejez y que supiera tocar el clavecino. Quisiera ver mi casa llena de gente distinguida y pasar todas las tardes de fiesta como nuestro vecino.

Hermann, sin responder, empuñó el pomo de la puerta y salió de la habitación.

TALÍA
LOS CIUDADANOS

El joven evitó así la indignada reprimenda de su padre, quien, no satisfecho todavía, continúo diciendo:

—De un corazón vacío nada pueda salir, y así es inútil mi espera de ver realizado el vehemente voto que había formado sobre mi hijo. Mi ilusión hubiera sido no sólo que igualara a su padre, sino que le sobrepasara. Porque ¿qué sería de una familia, de una ciudad, si cada uno, siguiendo el ejemplo de nuestros antepasados y de los demás países, no realizara un esfuerzo constante y animoso para sostenerla y mejorarla? Un hombre en modo alguno debe parecerse a un hongo que, recién salido a la tierra, se pudre en el mismo sitio donde nace y no deja vestigio alguno de su paso y de su vida. Una simple mirada sobre una casa nos basta para juzgar inmediatamente, por su aspecto, del carácter de sus dueños, y lo mismo digo de una ciudad, pues, por pequeña que sea, es suficiente pasar un momento por ella para adivinar cuál debe ser el espíritu de sus magistrados. Allí donde las torres y las murallas caen en ruinas, las calles y los fosos están obstruidos por las inmundicias; allí donde piedra caída del muro no es puesta de nuevo en su sitio, la viga aparece carcomida y el edificio espera inútilmente unos puntales que lo sostengan, se puede decir, sin duda alguna, que existe una mala administración. Cuando las autoridades superiores no cuidan del orden y la higiene del pueblo, los ciudadanos se habitúan a la suciedad y a la pereza, lo mismo que el mendigo a sus harapos. Por todo esto quiero yo que Hermann emprenda un viaje y visite cuando menos Estrasburgo, Francfort y la risueña Manheim, de construcción tan igual y al propio tiempo tan bella. Quien ha visitado grandes y hermosas ciudades no descansará hasta conseguir embellecer su ciudad por pequeña que sea. Los extranjeros que nos visitan ¿no admiran nuestras grandes puertas que hemos reconstruido así como nuestra torre blanqueada de nuevo y nuestra iglesia que parece recién levantada? ¿No alaban nuestro pavimento enlosado y nuestros canales subterráneos, tan bien distribuidos, y por los cuales corre el agua en abundancia, tan indispensable para nuestros usos como inestimable contra el peligro de un incendio? ¿Todo eso no se ha conseguido después de nuestro terrible desastre? Las seis veces que he sido concejal, el Ayuntamiento me ha encargado de la inspección de los trabajos municipales; y puedo decir que prosiguiendo con ardor las

empresas, terminando los trabajos empezados por hombres honrados, y que habían quedado aplazados, he obtenido y merecido la aprobación y la gratitud palpable de mis conciudadanos. Los demás miembros del Municipio acabaron por participar en mis entusiasmos; en la actualidad todos se esfuerzan en el mismo sentido. Y la nueva calzada que nos une con la carretera ha sido terminada y constituye una obra sólida. Pero me parece que nuestra juventud no seguirá tales ejemplos. Unos sólo piensan en los placeres y en los trajes: otros se amodorran en sus casas y se acurrucan junto a la lumbre. Mucho me temo que Hermann es de estos últimos.

—Siempre eres injusto con nuestro hijo —replicó su esposa—. Y con tu injusticia nunca verás realizadas tus esperanzas. No podemos formar a nuestros hijos según nuestra voluntad; tal como Dios los da, así debemos tomarlos, guiarlos y amarlos, consagrando nuestros cuidados a su educación y sin pretender forzar su naturaleza. Éste tiene tales cualidades, aquél tales otras. Cada uno usa de las suyas, y sólo puede ser feliz y bueno de la manera que le es propia. No quiero que riñas así a Hermann; me consta que es digno de la herencia que un día le corresponderá: cultiva nuestros campos con gran cuidado; es hábil y es un modelo entre nuestros campesinos y conciudadanos. Y estoy convencida de que si llega al Ayuntamiento no ocupará el último lugar. Pero si cada día le reprochas y riñes como acabas de hacer, descorazonarás al pobre chico.

Después de estas palabras salió de la habitación en busca de su hijo, impaciente por encontrarle y darle con sus maternales palabras unos consuelos afectuosos, que bien los necesitaba.

Así que hubo salido, el padre dijo sonriendo:

—¡Qué seres más especiales son las mujeres y los niños! Sólo querrían vivir a su capricho y que siempre se estuviera presto a halagarles. En fin, resumamos y acabemos: yo me atengo a la verdad del antiguo proverbio: <<Quien no avanza, retrocede>>.

—Estoy conforme con este refrán, vecino —dijo el boticario en tono circunspecto—. Y en todo momento busco a mi alrededor lo que puede mejorar mi situación, siempre y cuando la novedad no me resulte demasiado cara; pero ¿qué sacamos con interesarnos y develarnos en pos de las mejoras, si la bolsa no lo permite? Confesemos que el ciudadano tiene unos medios muy limitados. ¿De qué le sirve conocer lo bueno si no lo puede adquirir? Sus necesidades son demasiado grandes y su bolsillo demasiado pequeño; a cada paso ve detenidos sus propósitos. ¡Cuántas cosas hubiera hecho yo!; pero ¿cómo no retroceder, sobre todo en la crisis actual, en los gastos que acarrean tales cambios? Hace tiempo que habría modernizado mi casa y me la figuro con el brillo que le darían unas grandes vidrieras; sin embargo, ¿cómo puedo competir con el comerciante que une a su riqueza el conocimiento de los lugares donde se encuentra lo mejor de lo mejor? Fijaos en la casa de enfrente: ¿no parece nueva? ¡Con qué magnificencia se destaca el estuco blanco de las volutas sobre el fondo verde! ¡Qué grandes son sus ventanales y cómo brillan sus cristales que más bien parecen espejos! A su lado las demás casas de la plaza quedan eclipsadas. Y, no obstante, antes del incendio, las nuestras eran las más hermosas de la ciudad: la farmacia de El Ángel y el mesón de El León de Oro. En toda la comarca se hablaba de mi jardín; todos los transeúntes se paraban para contemplar, a través del enrejado, pintado en rojo, el mendigo y el enano en traje colorado y en forma de estatuas de piedra. Cuando invitaba algunos amigos a tomar el café en mi gruta, que, aun cuando me pese confesarlo, en la actualidad está cubierta de polvo y se derrumba, quedaban admirados del aspecto de la luz brillante y coloreada que despedía la gran diversidad de conchas. Y los conocedores se deleitaban contemplando el aspecto de los corales y galenas. En el comedor

se extasiaban ante una serie de cuadros en los que se veían caballeros y damas de gran gala, paseándose por un jardín y ofreciendo o llevando ramilletes de flores en la punta de sus dedos afilados. Y bien, ahora pasa el tiempo y cambian las modas. Hoy día nadie se fija en estas pinturas, y eso me da gran tristeza; también me olvido de mi jardín. Rara vez me paseo por él, pues todos se empeñan en que debe presentar otro aspecto. Me hablan de nuevas modas, que los listones y los bancos de madera sean blancos… La moda pide que todo sea sencillo, liso: ni siquiera puede hablarse de dorados ni molduras. Pero en cambio se exige madera extranjera, supongo por ser la más cara. ¡Ya, ya! Bien quisiera yo renovarme y adquirir, como tantos otros, algunos objetos de uso moderno y marchar al compás del tiempo y remudar a menudo mis muebles; pero temo dar el paso más insignificante. ¡Al precio que están los jornales, cualquiera se arriesga a emprender nuevas obras! Muchas veces he pensado en hacer dorar de nuevo la enseña de mi farmacia, el arcángel Miguel y el dragón espantoso que se retuerce a sus pies, pero el precio de la reparación es tan alto que he preferido dejarla tal cual está: al fin y al cabo maldita la falta que le hace.

EUTERPE
MADRE E HIJO

Mientras los tres vecinos hablaban como ya sabemos, la madre de Hermann fue en busca de éste, primero ante la casa y en el banco de piedra donde acostumbraba sentarse. Como no le encontrara allí, encaminó sus pasos hacia la cuadra, suponiendo hallarle ocupado en cuidar de los lustrosos caballos, comprados cuando sólo eran potros, y cuyo menester nunca confió a manos extrañas. La criada le dijo que Hermann estaba en la huerta. Atravesó, en consecuencia, en andar apresurado, los dos largos patios, pasó por delante de los establos y de las sólidas construcciones que servían de granero y pajar y entró en la extensa huerta que llegaba hasta los muros de la ciudad. Marchaba aprisa pero, no obstante, se fijaba, admirada, en el rápido crecimiento de las platas; y de pasó arregló algunos rodrigones que se inclinaban bajo el peso de las ramas de los manzanos y perales cargados de fruta. Después hizo caer unas orugas de entre las hojas de unas coles apiñadas, puesto que una mujer activa nunca debe dar un paso que no sea útil para algo.

De este modo, sin encontrar a su hijo, llegó hasta el final de la huerta donde había unas madreselvas cuyas ramas se entrelazaban formando puente. Seguidamente se encaminó hacia una puertecita que, gracias al favor particular otorgado a uno de sus antepasados, honrado burgomaestre, fue practicada en los muros de la ciudad.

Atravesó el foso, que estaba seco, y llegó al sendero escarpado que conduce a sus viñas cercadas y expuestas favorablemente a los rayos del sol. Subió por la senda y pudo contemplar satisfecha la gran cantidad de racimos cuya abundancia apenas podían abrigar los pámpanos. A medio camino se formaba una parra, bajo cuyo dosel se llegaba por unos informes peldaños de piedra a la cima del viñedo; de este emparrado pendían las uvas albillas y las moscateles, en racimos de un azul rojizo y de un grueso extraordinario; estos frutos, cultivados con primor, se destinaban a la mesa y eran requisito de los huéspedes; el resto del viñedo sostenía vides cuyos racimos, aunque menores, daban un vino justamente alabado. Ante tal exuberancia sintió el gozo anticipado de la plenitud otoñal que lleva consigo la alegría de la fiesta de la vendimia, durante cuyo transcurso la comarca entera entrega las uvas cantando, las estruja en el lagar y llena de vino los toneles. Por la noche los

fuegos artificiales iluminan toda la comarca y estruendan e incendian el cielo para dar mayor esplendor a la más hermosa de las cosechas.

Pero la buena madre empezó a sentirse inquieta al ver que después de haber llamado dos o tres veces a su hijo sólo obtuvo la respuesta del eco lejano de los baluartes. ¡Estaba tan poco habituada a buscarle! Si alguna vez se alejaba, nunca dejaba de advertírselo antes, a fin de evitarle inquietud y temores.

Entretanto, diose cuenta de que la segunda puerta del viñedo también estaba abierta, y prosiguió de nuevo el camino confiada en encontrar más lejos a su hijo.

Avanzó por la gran extensión de los campos que formaban el dorso opuesto de la colina. Contemplaba su hacienda y consideraba complacida la hermosura de los trigales cuyas espigas de oro, agitándose en la gran extensión del campo, parecía como si la saludaran. Siguió un camino lindero y se dirigió hacia el gran peral que se elevaba sobre una colina y servía de límite a sus posesiones. Nadie sabía quien lo había plantado. Se le distinguía desde lejos y de todas partes y sus frutos eran muy reputados. Durante el mediodía, en tiempo de cosecha, los hombres comían a su sombra, y los pastores que guardaban los rebaños conocían el lugar con sus propicios y rústicos bancos de hierba y piedra.

No se había equivocado. Hermann se encontraba sentado allí, la cabeza apoyada en su mano y como si contemplara los montes lejanos. Estaba vuelto de espaldas a su madre. Con paso quedo se acercó ésta a su hijo y le puso suavemente la mano en la espalda; él se volvió en seguida: tenía lágrimas en los ojos.

—¡Madre! —exclamó con sobresalto—. Me ha sorprendido.

—¿Qué te pasa, hijo mío? ¿Lloras? —le preguntó conmovida—. Te desconozco. ¿Qué tienes? Nunca te he visto así. Dime la causa de tu aflicción. ¿Por qué vienes a sentarte solo bajo este peral? ¿Por qué lloras?

El muchacho se reconcentró unos instantes y dijo poco después:

—Madre, sería preciso tener un corazón de piedra para sentirse insensible ante la miseria de esos pobres fugitivos que van hacia el destierro; sería necesario tener una cabeza vacía de todo raciocinio para vivir en estos días sin preocuparse de nuestra situación ni de la de nuestro país. Lo que hoy he visto y oído me ha conmovido profundamente. Al salir de casa he contemplado estas admirables y extensas tierras rodeadas de fértiles colinas; las doradas espigas que ya se inclinan próximas a convertirse en gavillas, la rica cosecha que promete llenar nuestros graneros. Pero ¡ay! ¡El enemigo está muy cerca! Cierto que las aguas del Rin nos defienden, pero ¿qué pueden las olas y las montañas contra esta nación terrible que se nos viene encima como una tempestad, arrastrando consigo jóvenes y viejos y corriendo siempre impetuosa? Esta avalancha no teme a la muerte. Una multitud empuja a otra y la reemplaza. Y entretanto yo me pregunto: ¿Puede haber todavía un alemán que ose permanecer en casa? ¿Confía tal vez en ser el único que pueda escapar del desastre universal que nos amenaza? Madre mía, confieso dolerme de no haber sido alistado entre los jóvenes reclutados últimamente. Cierto que soy hijo único, y por tal motivo libre del servicio militar; cierto que nuestras tierras y sus cuidados son considerables, pero ¿no sería mejor que acudiera a defender la frontera y a luchar contra el enemigo, en lugar de permanecer aquí esperando la miseria y la esclavitud? Sí, siento una voz que me llama, y siento también en el pecho un afán de luchar y morir si así es necesario por mi país. Precisa el ejemplo. ¡Ah, si toda la juventud alemana se lanzara sobre las fronteras, determinada a no ceder un palmo de tierra a los extranjeros, estoy seguro de que no pisarían nuestro suelo, ni veríamos que nos arrebatan las cosechas, disponen de los hombres y se llevan a nuestras mujeres! Sépalo usted, madre mía. Estoy decidido a ejecutar bien pronto mi proyecto: la

razón y la justicia lo exigen. Del mucho deliberar no sale la mejor solución. Ya no volveré a casa. Ahora voy a la ciudad a ofrecer mis brazos y mi ayuda a los compañeros que defienden a mi patria. Y diga a mi padre que también anida en mi pecho el sentimiento del honor y el deseo de elevarme.

La buena madre le respondí llorosa, pues las lágrimas acudían fácilmente a sus ojos:

—¡Hijo mío! ¿Qué cambio se ha efectuado en ti? Ya no hablas a tu madre como antes; ayer mismo tu corazón no tenía secretos para mí. ¿Qué me ocultas? Cualquier otra que no fuese yo, seducida por tu ímpetu, se dejaría convencer y aplaudiría tu resolución como la más generosa de las inspiraciones. Pero yo te censuro. ¿Sabes por qué? Porque te conozco mejor y adivino tu disimulo. Si algo te inclina a partir estoy cierta de que no son ni las trompetas ni los tambores militares ni el deseo de presumir tu uniforme ante los ojos de las muchachas. No digo que no seas valiente, pero tu vocación es muy distinta: consagrarte a la casa, llevar la hacienda con gran cordura y cultivar las tierras con diligencia y cuidado. Así, pues, háblame como siempre. ¿Qué ha motivado tu determinación?

—Se engaña, madre —contestó Hermann con severidad—. Todos los días no son iguales: el muchacho madura y se hace hombre, y esa madurez —que origina grandes acciones— es más precoz en una vida apacible y serena que en otra incierta y tumultuosa en la que tantos jóvenes han naufragado. Aunque mi carácter sea sumiso, mi corazón siente aversión a las injusticias o iniquidades. Creo tener una idea clara y un santo criterio de las cosas del mundo. Mis brazos y mis piernas han sido fortalecidos por el trabajo. Todo esto es la pura verdad y puedo afirmarlo y sostenerlo. No obstante, madre, usted tiene razón para reñirme. No he dicho más que una parte de la verdad: he disimulado. Pues bien, lo confieso: no es la proximidad del peligro lo que me mueve a abandonar la casa paterna, ni el impulso abnegado de defender a mi patria, ni el pánico ante los enemigos. Eso han sido sólo palabras con las que he tratado de encubrir los verdaderos desgarros de mi corazón. ¡Oh, madre mía! He formulado votos inútiles, mis deseos son vanos, deje que mi vida se pierda inútilmente pues bien sé que si todos no se consagran a la misma causa, el sacrificio de un hombre solo se expone a una pérdida segura.

—Continúa —dijo la madre—, no me ocultes nada. Confiésame desde el mayor al menor motivo de tu agitación. Los hombres son violentos y a menudo se libran a ciertos extremos; los obstáculos les ponen furiosos. En cambio, la mujer tiene la suficiente habilidad para encontrar, si es preciso, oportunos rodeos que la conducen al fin propuesto. No me ocultes nada. ¿Por qué estás en un estado de alteración como nunca te he visto? ¿Por qué estás tan exaltado? ¿Por qué las lágrimas todavía enturbian tus ojos?

Ante estas preguntas, Hermann no pudo contener su emoción y lloró y sollozó en brazos de su madre. Vencida su reserva, contestó así:

—Las censuras de mi padre me han afligido mucho. Estos reproches no los merezco ahora ni los he merecido nunca. Desde pequeño siempre he tenido especial empeño y contento en respetar a mis padres. Nadie me parecía más prudente y recto que ustedes, cuyos desvelos y cuidados guiaron mis pasos en la infancia. He soportado muchas impertinencias por parte de mis camaradas; sin embargo, el veneno de su malicia nunca ha podido perjudicar el afecto que sentía por ellos. A menudo, cuando me hacían alguna maldad, disimulaba como si no la hubiera notado. Pero si se burlaban de mi padre, cuando el domingo salía de la iglesia con paso grave y respetuoso, si llegaban a mofarse de la cinta de su sombrero o de las flores de la bata que llevaba habitualmente y que hoy hemos regalado, entonces me echaba sobre ellos a puñetazos terribles, con furor ciego, y sin saber dónde caía mi puño: les hacía sangrar las narices, y entre chillidos y lloros, apenas si podían

librarse de la furia de mi persecución. Este respeto filial, con los años me ha hecho sufrir mucho, por culpa de mi padre. Si alguien le había molestado o se habían burlado de él en la sesión municipal, yo pagaba las culpas y era víctima de sus palabras injuriosas suscitadas por la cólera de las querellas o intriga de sus colegas. Usted misma me ha consolado alguna vez. Sufría estos tratos siempre convencido de que debemos honrar a nuestros padres, reconocer sus atenciones y agradecer las privaciones y sacrificios que se imponen a fin de aumentar el patrimonio de sus hijos. Pero, ¡vamos!, con sólo estos cuidados, cuyos frutos son tardíos, no se alcanza la felicidad. Tampoco se logra apilando onza tras onza, ni añadiendo un campo a otro campo a fin de ensanchar las propiedades. Los padres envejecen y los hijos siguen sus pasos y ni unos ni otros disfrutan los goces presentes, roídos por el constante temor del porvenir. Mire esos campos extensos y, más abajo, la viña y el huerto; más lejos, las cuadras, los establos, los graneros… ¡Cuánta riqueza! ¡Hermosa huerta la nuestra! Pero en el fondo de todo también diviso nuestra casa y bajo su tejado la ventana de mi habitación y recuerdo las noches que desde este cuarto he visto levantarse la luna y las mañanas en que he contemplado la salida del sol. ¡Ah! Entonces dormía bien y pocas horas de sueño me bastaban. Ahora, en cambio, todo me parece triste, desierto. Mi habitación, el corral, la huerta y los campos hermosos me cubren la colina, nada me dicen. ¡Madre! Me falta una esposa.

—Hijo mío —respondió la madre—, si tu deseo es traer a nuestra casa una mujer a fin de que la noche sea para ti una hermosa mitad de la vida, y te haga parecer durante el día menos penosos y de más provecho tus trabajos y cuidados, créeme que tus padres no lo desean menos vivamente. Siempre te hemos aconsejado y aun empujado a elegir una novia; pero sé muy bien que mientras no llega la hora verdadera, la única, y con ella la auténtica compañera, se suspende la elección; pero sucede que cuanto más se tarda, más se titubea por el temor de dar un mal paso y equivocarse. Sin embargo, tu elección es un hecho, ¿no es verdad, hijo mío? Tu aflicción y tu dolor no mienten. Nunca te habías manifestado tan sensible como hoy. Sé franco conmigo, Hermann, confiésame si es cierto lo que mi corazón me dice: tu elegida es la muchacha fugitiva.

—Sí, madre mía: es ella, es ella. Usted lo ha dicho —soltó con vehemencia el joven—. Y considere que si hoy mismo no consigo traerla a nuestra casa, como prometida; si se aleja, y, como puede suceder a consecuencia de las perturbaciones de la guerra y de tantas funestas huidas, desaparece para siempre y mis ojos no han de verla jamás. ¡Oh madre mía!, es en vano que durante todo el transcurso de mi vida estos campos se cubran de las más hermosas cosechas, es inútil que cada año la abundancia me colme de bienes. Sí, nuestra casa, la huerta, los sembrados ya no tienen ningún encanto para mí. Tampoco la ternura de una made puede consolar a este infortunado. Siento que el amor afloja todos los demás lazos cuando nos anuda a los suyos. Si la hija se aleja de sus padres para seguir a su marido, también el hombre enamorado que ve partir a su elegida se olvida de que tiene una madre y un padre. Déjenme seguir, pues, el camino hacía donde me lleva mi desesperación. ¿Qué remedio me queda? Mi padre ha pronunciado la sentencia decisiva. Su casa ya no es la mía desde el momento en que la cierra a la única persona que yo quería traerle.

—Dos hombres opuestos en sus sentimientos y parecidos a dos rocas. Orgullosos e inmóviles, ni uno ni otro quiere dar el primer paso para un acercamiento; tampoco quiere ser el primero en pronunciar unas sencillas palabras de concordia. ¿Así estamos, hijo mío? Pues bien; te aseguro que por mi parte no he perdido las esperanzas, y confió en que tu padre, a pesar de haberse pronunciado contra tu posible elección de una muchacha pobre, te permitirá el casamiento con tu preferida siempre y cuando se trate de una joven buena y

honrada. No te asusten sus palabras. ¿No le conoces? Se exalta y toma resoluciones que luego olvida. ¿Cuántas veces no ha consentido en lo que primero negó? Nada perderías acudiendo a él con buenas palabras; al fin y al cabo tiene derecho a ello: es tu padre. Además, ya sabemos que sus enfados se apaciguan bien pronto después de comer. En la mesa se acalora y excita discutiendo con los demás; el vino atiza su vehemencia y es cuando se exalta y dejándose llevar por ella sólo atiende a su voluntad y a su criterio, que manifiesta sin fijarse mucho en sus palabras; sólo se escucha a sí mismo y sólo cuentan para él sus propios sentimientos. Pero, a medida que va pasando la tarde, y ya terminadas las largas conversaciones con sus amigos, se dulcifica su carácter; apagado el rescoldo del vino, comprende los posibles errores a que pudo llevarle su vivacidad y si fue o no injusto con los demás. Vamos, hagamos la prueba, pues a veces el primer intento es el mejor y el atrevimiento es compañero del éxito. Por otra parte, confío en la ayuda de los amigos que todavía le acompañan, sobre todo en la del reverendo.

Pronunciadas estas palabras, la madre, después de alzarse del banco de piedra, hizo levantar también a su hijo, y ambos emprendieron, silenciosos y meditabundos, el camino de regreso.

POLIMNIA
EL COSMOPOLITA

El cura, el boticario y el mesonero seguían sentados y hablando sobre el mismo tema.

—Opino de idéntica manera —dijo el primero—. Convengo en que el hombre tiende a mejorar de situación, aspira a elevarse, o cuando menos todo lo nuevo despierta sus apetitos; pero, cuidado, no exageremos, pues haciéndolo así es natural que también olvidemos el apego a las cosas antiguas que por sernos usuales y de costumbre debemos tenerlas en gran afecto. Todos los estados son buenos cuando son naturales y razonables: el hombre desea mucho pero necesita de muy poco, pues los días de los mortales son contados y su suerte limitada. No censuro a los que, siempre activos y no dándose reposo alguno, recorren con valiente frenesí los mares y los caminos de la tierra, satisfechos de conquistar para ellos y para los suyos riquezas y fortunas, pero no estimo en menos al pacífico campesino que no mueve sus pasos de la hacienda paterna y día tras día, y año tras año, cultiva sus tierras de acuerdo con lo que requiere cada estación. Para él no rigen cambios anuales de haciendas ni tierras para dar contento a sus deseos, ni el árbol recién plantado se apresura a extender hacia el cielo sus ramas cargadas de los frutos propios del otoño. No, este hombre no sólo debe tener gran acopio de paciencia, sino que precisa, además, de un alma pura, no mudable, y debe poseer mucha calma y un recto criterio. Se contenta con las pocas semillas confiadas al suelo fecundo y con sus rebaños limitados: todas sus preocupaciones están ceñidas a lo útil y provechoso. Puede considerarse feliz el hombre dotado de semejante carácter. Y nosotros debemos nuestro sustento a esta clase de gente. Dichosos también el que vive en una ciudad pequeña y comparte los trabajos del campo con los de su profesión. Sobre él no pesan las penas y zozobras del lugareño, circunscrito a límites muy estrechos, y asimismo se halla a cubierto de las continuas agitaciones de que son victimas los ambiciosos habitantes de las ciudades opulentas, pues aunque sus medios no se lo permiten, y sobre todo por culpa de sus esposas e hijas, quieren rivalizar con los más pudientes y más ricos. Créame usted. Dése por satisfecho de la manera de ser de su hijo y de su afición a sus trabajos, y bendiga a la mujer que comparta sus gustos y elija por

esposa.

Cuando acababa de hablar, entró la madre llevando de la mano a Hermann y le acompañó delante de su esposo.

—Muchas veces —dijo— hemos convenido en que sería para nosotros un día feliz aquel en que nuestro hijo viniera a presentarnos a la que hubiera elegido por esposa. Nuestros pensamientos corrían de un lado para otro; y en nuestras conversaciones íntimas hacíamos nuestros planes y nos fijábamos en todas las que podían convenir a Hermann. Pues bien: ha llegado este día. Dios ha puesto en su camino y le ha presentado a la que había de elegir por mujer, y por fin su corazón se ha decidido. ¿No hemos dicho siempre: <<él mismo debe escogerla>>? ¿No has dicho tú mismo que deseabas verle animado y feliz por el amor a su esposa? Ha llegado la hora. Ha obrado según su gusto y criterio. Se trata de la muchacha fugitiva que encontró, y dice que si no la puede obtener se quedará soltero toda la vida.

—¡Déme su permiso, padre! —exclamó el joven—. Le aseguro que he hecho una elección buena, honrada y digna de ustedes.

Pero como el padre callaba, el cura aprovechó su silencio, y dijo levantándose:

—La vida y el destino del hombre dependen de la decisión de un momento, pues aun después de largas deliberaciones la determinación siempre es obra de un instante y solamente el hombre sensato se inclina por lo mejor. En la elección de estado, más que en otro asunto cualquiera, se corre el peligro de turbar el sentimiento y ofuscar la razón si uno se deja perder en un laberinto de temores y detalles. Hermann tiene buen corazón; lo conozco desde su infancia y puedo asegurar que no es de los que tienden con absoluta indiferencia las manos a todas las cosas por igual; de pequeño sólo deseaba lo que creía necesario y a ello se agarraba fuertemente. No se asombren, pues, ni se asusten ustedes si el acontecimiento tan deseado y esperado se realiza de golpe y porrazo. Claro que ustedes tal vez lo deseaban en forma distinta, pero nuestros ciegos deseos nos engañan con frecuencia acerca de la misma esencia del objeto deseado: los dones nos llegan del cielo y llevan impresa la forma que les es propia. No dejen de reconocer a esta joven que ha sido la primera en conmover el corazón de su adorado hijo; que es tan bueno y prudente. ¡Feliz el que se casa con la primera mujer amada y cuyos votos más queridos no se marchitan en secreto en el fondo de su corazón! Sí; estoy convencido, la suerte de su hijo está echada, basta mirarle y oírle. Un afecto verdadero convierte de súbito al adolescente en hombre. Hermann no es inconstante y me temo que si no le dan el consentimiento pasará entre muchas tristezas los mejores años de su vida.

El farmacéutico, que desde hacía buen rato sólo esperaba la ocasión de hablar, dijo muy circunspecto:

—Tratemos, sin embargo, en esta circunstancia, de sopesar bien las cosas y no apartarnos del camino trillado. El mismo emperador Augusto tenía por divisa: <<Apresúrate lentamente>>. En cuanto a mí, estoy dispuesto a prestar mi ayuda a nuestros vecinos y pongo desde ahora a disposición de ustedes lo que pueda valer mi talento: la juventud necesita buenos consejos. Previo el asentimiento de ustedes, iré a informarme sobre esa muchacha, preguntaré en el pueblo a las personas que la conozcan y a los fugitivos que la hayan tratado. A mí no se me engaña fácilmente y sé apreciar el justo valor de las palabras.

—Sí, vecino, sí; vaya usted en seguida —interrumpió presuroso Hermann—; corra y recoja todos los informes posibles. Pero quisiera que le acompañara el señor cura: el testimonio de dos personas como ustedes es irrecusable. ¡Oh, padre, no tema! Esa muchacha no es una perdida, ni una aventurera que recorre nuestro país en busca de jóvenes

incautos. No; la terrible guerra que aflige al mundo y que ha hundido a tantas casas que parecían solidísimas, ha arrojado también a esa pobre muchacha de su hogar. ¿Es extraño? ¿Acaso no vemos todos los días que naufragan hombres de ilustre linaje y que van por el mundo errantes y miserables? ¿Y no vemos asimismo príncipes obligados a huir bajo un disfraz, y reyes que viven en el destierro? También ella es una fugitiva y de las más generosas: olvidando sus propias miserias, asiste y alivia las de sus compañeros, prestando socorro que necesita para sí. Grandes calamidades y miserias se extienden por el mundo. Pero, ¿No sería posible que de tantos males naciera un bien? ¿No podría darse el caso de que al unirme con mi esposa encontrara en esta guerra el consuelo y la felicidad que ustedes hallaron entre las ruinas del incendio?

El padre se apresuró a contestarle a su hijo con cierto dejo de ironía:

—¡Gracias a Dios! ¡Por fin despegaste la lengua! La tendrías atada o dormida; ¿no es cierto? Porque hasta ahora sólo la has movido en casos urgentes y a chorro muy lento. Hoy, para mí, ha llegado el peligro que amenaza a todo padre cuando su esposa, demasiado indulgente y sensible, se pone de parte de los caprichos de su hijo y aun encuentra defensa y ayuda en los vecinos así que el esposo intenta un ataque. Pero, vamos: no quiero luchar contra vuestras voluntades. Además, ¿de qué me serviría? Vayan pronto, infórmense; y si la referencias son favorables, sea enhorabuena y concédame Dios la gracia de que entre en mi casa una hija digna de mí. En caso contrario, que la olvide.

A estas razones del padre, contestó Hermann en un transporte de alegría:

—Antes de la noche usted tendrá una hija tan envidiable como mejor no la puede desear el padre más honrado. Confío en que, por mi parte, ella será tan dichosa como es buena. Sí, estoy convencido que ha de agradecerme toda la vida el darle en ustedes un padre y una madre, como todo buen hijo desea. Pero no perdamos más tiempo; voy a uncir los caballos y les conduciré en busca de la muchacha. Confío en ustedes, me someto a su prudencia, y juro no volver a verla hasta saber que puede ser mi esposa.

Dichas estas palabras Salió corriendo, mientras los que quedaron en la habitación deliberaban sesudamente sobre la gravedad del caso.

Hermann corrió a la cuadra donde los vigorosos caballos comían avena pura y heno seco del mejor que se segaba en los prados. En seguida le puso los lucientes bocados, pasó las correas por las plateadas hebillas, ató las anchas y largas riendas y los sacó al patio, donde el criado hacía avanzar el coche arrastrado por la vara. Dieron al tiro la longitud precisa y uncieron los caballos ligeros. Después de coger el látigo, Hermann se sentó en el coche y lo condujo bajo la gran puerta abovedada, donde los dos amigos montaron. En seguida el carruaje rodó con rapidez y dejó atrás el pavimento de las calles, los muros de la ciudad, sus torres y sus fosos, camino de la célebre carretera. El correr impetuoso de su tiro nunca se interrumpió y siempre se mantuvo a idéntico paso, lo mismo al subir que al bajar las cuestas. Sólo cuando distinguió la torre del lugar y sus casas rodeadas de huertos, moderó la marcha de sus caballos.

Junto al pueblo y bajo la sombra venerable de unos tilos seculares, se extiende un gran prado, cubierto de verde hierba, donde tenían costumbre de reunirse los campesinos de los alrededores y los vecinos del lugar.

En el fondo de una pendiente, y al pie de unos árboles frondosos, manaba en chorro constante una fuente a la que se llegaba descendiendo unos peldaños. Alrededor del manantial, siempre límpido e inagotable, y protegido por un pequeño parapeto circundante que servía de apoyo a los que iban por el agua, había unos bancos de piedra. Hermann decidió parase en este lugar.

—Desciendan —dijo— y vayan a informarse sobre la muchacha y averigüen si es digna de que le ofrezca mi mano. Por mi parte no tengo duda. Nada podrán decirme que no sepa ni tenga previsto. Si sólo dependiera de mí, correría en seguida al pueblo y ella misma decidiría de mi suerte. La reconocerán muy fácilmente: no creo que su figura sea igualada por ninguna otra. Pero, no obstante, les diré cómo viste, para mejores indicios: un corpiño rojo realza su redondeado seno; un jubón negro ciñe su talle. Los pliegues de su camisa suben hasta formar la gorguera que encuadra su barbilla con una gracia púdica. Su cara oval y simpática revela candor y serenidad. Sus largos cabellos, peinados en gruesas trenzas, están recogidos con horquillas de plata y coronan su cabeza. Del corpiño desciende una falda azul cuyos numerosos pliegues le llegan graciosamente hasta el tobillo. Pero lo que más les recomiendo y ruego quieran tener en cuenta es no hablar con ella, ni mucho menos demostrarle las intenciones que llevan. Pregunten a los demás y oigan lo que dicen. Una vez hechas las averiguaciones que puedan satisfacer a mis padres, vengan a recogerme y veremos el partido que debemos tomar. Durante el camino he meditado en el paso que damos y en consecuencia he adoptado el plan que les propongo.

Sus dos amigos se dirigieron hacia el pueblo. En huertos, patios y casas hormigueaba la multitud, y en la calle mayor se apiñaban las carretas. Los hombres se ocupaban de los bueyes mugidores y de los caballos inquietos, mientras las mujeres atareadas extendían por vallas y cercados sus ropas para que se secaran, y los niños chapoteaban en el agua.

Los buenos emisarios se abrieron paso entre carretas, hombres y animales; miraron a derecha e izquierda sin encontrar los rasgos de la persona que se les había indicado: ninguna de las mujeres que veían les parecía ser la joven augusta que buscaban.

Muy pronto el tumulto aumentó. Habían llegado a un sitio donde unos hombres disputaban alrededor de unas carretas; las mujeres también se mezclaban en la discusión y chillaban desaforadamente. En esto, un venerable anciano se aproximó a los querellantes y su sola presencia impulsó la paz y el silencio. Les riñó con tono paternal, pero severo.

—¿Qué es eso? —dijo—. ¿No os basta la desgracia que a todos nos oprime? ¿Todavía no habéis aprendido a soportaros los unos a los otros, y prescindiendo de las injusticias ayudarnos y sostenernos mutuamente? Se comprende la intolerancia del hombre feliz, pero ¿los sufrimientos y desgracias no nos han enseñado que no debemos vivir en discordia con nuestros hermanos? Considerad la benevolencia con que somos acogidos en este suelo extranjero y el sitio que nos ceden. ¿Por qué no podemos compartirlo equitativamente? ¿Por qué no podemos poner en común lo que nos queda y lo recogido? La compasión y el bien que practiquemos, mañana nos será recompensado.

Durante la reprimenda del viejo, todos guardaron un silencio profundo: renacida la calma cada uno colocó en buen orden y de común acuerdo sus carretas y sus animales.

Entretanto, el cura, que había oído las palabras del viejo y observado su serenidad, se acercó al que podía considerarse como juez, y le dijo:

—Buen hombre, cuando un pueblo pasa tranquilamente sus días felices, cuando vive apacible de los frutos de sus tierra que recoge cada año y en abundancia y aun los renueva si quiere, cuando todo marcha a pedir de boca y nada falta, cada cual puede considerarse como el más prudente y el más sabio, y aquel que en efecto lo es realmente a veces queda confundido ante los demás, puesto que los acontecimientos siguen su marcha normal como movidos por sí mismo. Pero si llega la adversidad y trastorna el curso ordinario de la vida, si la casa se hunde, si los huertos y los campos son destruidos, si el marido y la mujer son expulsados de su hogar y se ven arrastrados por caminos desconocidos, en un laberinto inmenso de días y noches de amargura y ansiedad; ¡ah! Entonces es cuando se reconoce al

hombre verdaderamente prudente y cuyas palabras no se pierden en vano. Permita una pregunta, señor: ¿tal vez es usted el juez de estos fugitivos cuyos arrebatos ha calmado? Sí, usted ha aparecido hoy ante mis ojos como uno de aquellos antiguos patriarcas —un Josué, un Moisés— que conducían a sus pueblos desterrados a través de los desiertos y las rutas inciertas. El juez respondió gravemente:

—En verdad, nuestros tiempos pueden compararse a las épocas más graves de que nos habla la Historia Sagrada y la profana, pues aquel que vivió ayer y sigue en vida hoy puede decir que en tan pocas horas ha vivido muchos años. ¡Tanto se acumulan los acontecimientos en su rápida sucesión! A pesar de hallarme en pleno vigor, si miro hacia atrás me parece que pesa sobre mi cabeza una ancianidad centenaria. ¡Oh! Podemos compararnos perfectamente con los que, en horas terribles, en días de aflicción vieron al Señor en medio de un matorral ardiendo, como a nosotros se nos ha aparecido entre el fuego y las nubes de la guerra.

El cura se proponía continuar la conversación con el extranjero, para saber de él y de sus compañeros, cuando un amigo, impaciente, le dijo en voz baja:

—Siga con el juez y llévele a hablar de la muchacha; entretanto voy a dar una vuelta por si la veo. Volveré así que la encuentre.

El cura aprobó con sonrisa irónica, mientras el espía improvisado se alejaba inspeccionando cercados, huertos y granjas.

CLÍO
LA ÉPOCA

El cura interrogó al juez sobre algunos detalles referentes a la desgracia de su gente y el tiempo transcurrido desde que habían huido de su pueblo.

—Nuestros sufrimientos —respondió— vienen de lejos; hemos bebido las amarguras de nuestra época, amarguras mucho más horribles por haber sido engañadas nuestras más dulces esperanzas. Cuando el primer rayo del nuevo sol apuntó en el horizonte, cuando se oyó hablar de los derechos comunes a todos los hombres, de la libertad vivificante y de la igualdad bienhechora, todos sentimos que nuestros corazones henchidos de entusiasmo latían con más fuerza y vitalidad y que nuestros pechos eran más libres. Entonces todos confiamos en una nueva vida y en una existencia mejor. Las cadenas sostenidas por la ociosidad y el egoísmo que sujetaban a tantos países, parecían próximas a desatarse. Todos los pueblos oprimidos volvían sus ojos hacia la gran ciudad, considerada, desde tiempo, como capital del mundo y entonces más que nunca digna de este título. Los nombres de los primeros hombres que proclamaron la libertad fueron igualados a los nombres célebres cuya fama llega a los cielos. Cada uno sentía renacer en sí mismo el ardor, el entusiasmo y la palabra. Nosotros, por ser los vecinos más próximos, fuimos los primeros en sentir el fuego de este ímpetu. Y la guerra se nos vino encima: los batallones franceses invadieron nuestro suelo; pero parecían movidos por sentimientos amistosos. Y en efecto, así fue en un principio. Se sentían magnánimos, plantaron gozosamente los árboles alegres de la libertad, nos prometieron que no invadirían nuestros dominios y que sería respetado el derecho de todo hombre a gobernarse por sí mismo. La juventud se sintió loca de alegría y los viejos hicieron otro tanto, y los nuevos estandartes fueron acogidos por danzas y festejos. Los franceses, triunfantes, conquistaron muy pronto el corazón de los hombres por su vivacidad y entusiasmo, y en seguida se hicieron dueños del de las mujeres por su gracia atrayente. El

mismo peso de las numerosas necesidades impuestas por la guerra nos pareció ligero; las alas de la esperanza nos llevaban hacia el porvenir, en el que nuestras miradas descubrían caminos nuevos y resplandecientes. Si son hermosos aquellos días en que el mozo lleva al torbellino de la danza a su novia esperando la hora de su casamiento, más bellas fueron todavía aquellas jornadas en que aquello que el hombre considera como un bien supremo parecía tan próximo a nosotros y alcanzado fácilmente. Todo el mundo se sentía elocuente: ancianos, adolescentes y hombres maduros hablaban el mismo lenguaje y sus pensamientos eran elevados, y sublimes sus sentimientos.

>>Pero muy pronto el cielo se oscureció; una raza perversa, indigna de ser el instrumento del bien, usurpó el poder, y sus hombres se lanzaron a una matanza criminal entre ellos, oprimieron a los pueblos vecinos, sus nuevos hermanos, y arrojaron sobre sus nuevas víctimas enjambres de hombres rapaces. Los jefes nos robaban en masa, y los inferiores —incluso el más insignificante— nos desvalijaron y se llevaron nuestros despojos. Sólo mostraban un temor: olvidarse de saquear algo. Nuestra desgracia fue extrema, la opresión creció por momentos, nadie quiso escuchar nuestras quejas: eran los amos del día.

>>Entonces, la cólera y la desesperación se apoderó de los más pacíficos; todos coincidimos en el mismo pensamiento y juramos vengarnos de tantos ultrajes recibidos y de la pérdida amarga de tantas esperanzas doblemente engañadas. En un principio la fortuna se puso de nuestro lado y los franceses, derrotados, se retiraron a marchas forzadas. Pero entonces conocimos también los más funestos horrores de la guerra. El vencedor, por lo común, es grande y bondadoso; cuando menos, lo aparenta; tiene ciertas atenciones para el vencido, al que considera como un amigo de quien saca provecho y que le sirve con sus bienes. Pero el fugitivo no conoce ninguna ley y sólo piensa en su vida; desconoce atenciones y escrúpulos y roba cuanto encuentra a mano. Por otra parte le ciega el furor y la desesperación, y se lanza a los más odiosos atentados: nada hay sagrado para él, en todo hace presa. Sus feroces deseos le precipitan hacia las mujeres y mancilla el placer con el ultraje. Como en todas partes siente la amenaza de la muerte, goza de los últimos momentos como un bárbaro y se complace en la sangre vertida y en los gritos y lloros del infortunio.

>>Ante tales afrentas sentimos redoblar nuestro furor y quisimos vengar nuestras pérdidas y defender lo que nos quedaba. Todo el mundo se armó y aun centuplicaban los ánimos la precipitación de los fugitivos, sus caras pálidas y sus miradas extraviadas y temerosas. El toque continuo de las campanas sembró la alarma; el peligro futuro no detuvo ya la venganza desencadenada; de súbito los pacíficos instrumentos de labranza se transformaron en armas y las horcas y guadañas se tiñeron de sangre, el enemigo cayó sin piedad; así como el débil es tímido y astuto, la fuerza se abandona a una cólera frenética. ¡Oh, no quisiera volver a ver a los hombres presos de tan espantoso delirio! El arrebato de la bestia feroz es menos horrible. ¡Libertad! ¡Que no hablen nunca más en su nombre los incapaces de gobernarse a sí mismos! Una vez los rotos los frenos, reaparecen libres de obstáculos todas las maldades que la ley retiene en los más profundos pliegues del corazón.

—¡Ay —dijo el cura emocionado—, líbreme Dios de hacerle ningún reproche por mostrarme tan severo a la humanidad! ¡Cuántos males ha sufrido usted! ¡A cuántas pruebas le ha sometido una empresa injusta! Pero, no obstante, si echa usted una mirada hacia atrás y revive esos días calamitosos, sin duda encontrará en ellos más de una acción meritoria y cualidades sublimes que parecían sepultadas en el fondo de los corazones y que el peligro hizo brotar; y también algún hombre que en la desgracia se ha mostrado como un ángel y

ha aparecido ante sus compañeros como un dios tutelar.

—Me recuerda usted cuerdamente —dijo el viejo con una sonrisa en los labios— que después de un incendio puede advertirse al propietario consternado que tal vez encuentre entre los escombros pedazos de oro y plata fundidos por las llamas. ¡Triste compensación, y sin embargo preciosa! El pobre hombre arruinado emprende su rebusca y se considera feliz si la encuentra. Asimismo me complazco yo en volver los ojos y mirar serenamente el pequeño número de buenas acciones que conservo en mi memoria. Sí, lo confieso, he vito reconciliarse a antiguos enemigos a fin de evitar una desgracia a su ciudad, he visto amigos, padres, madres e hijos intentar lo posible en favor de aquellos con quienes estaban unidos por los más estrechos lazos familiares o de amistad; he visto a jóvenes transformarse de súbito en hombres maduros, viejos rejuvenecidos y niños convertidos en adolescentes. También he visto al sexo débil, como es de costumbre llamarle, realizar actos de energía, de valor y de gran presencia de ánimo. Y entre todos, permítame que le cuente el caso de una joven magnánima y fuerte. Había quedado sola con otras compañeras en una alquería aislada, mientras los hombres hacían frente al enemigo. De pronto el patio fue asaltado por una partida de fugitivos que se entregó al pillaje y no tardó en penetrar en la habitación donde las muchachas se habían escondido; la mayor parte de éstas eran casi niñas. Ante la belleza y el cuerpo gentil de la joven y de sus agraciadas compañeras, un deseo feroz se apoderó de aquellos monstruos y se lanzaron sobre el grupo temeroso y la valiente muchacha de que le hablo, la cual, sin titubear, arrancó el sable a uno de ellos y de un golpe certero le tendió muerto a sus pies. Luego, con idéntica intrepidez masculina, se lanzó sobre los demás y alcanzó a otros cuatro, que pudieron salvarse gracias a la ligereza de sus pies. Después de libertar a sus amigas, atrancó la puerta del patio y esperó la llegada de los socorros, reclamando asistencia.

Al oír el elogio de esta joven, el cura tuvo como un presentimiento favorable a su amigo. Iba a informarse de lo que había sido de ella y de si había acompañado a los fugitivos en su éxodo, cuando el boticario se aproximó a él, y tirando de su manga le murmuró al oído:

—Según la descripción hecha por Hermann, creo haberla encontrado entre otras muchas. Venga a verla y traiga con usted al juez a fin de que nos informe ampliamente.

Pero ya era tarde, pues alguno de los suyos acababa de requerir a éste para una consulta urgente y había desaparecido de su vista.

El cura siguió al farmacéutico, y llegados ante una valla, éste le hizo mirar por encima de la misma, diciéndole en voz baja:

—Allí la tenemos. Acaba de enfajar al niño: reconozco la viaja bata de indiana y la funda azul de la almohada que contenía lo que Hermann se llevó. No cabe duda de que ha hecho un pronto y buen uso del donativo. Esos indicios no engañan y todavía menos los otros, pues el corpiño rojo acusa la redondez de su pecho; el jubón negro ciñe su talle; los pliegues delicados de su camisa forman la gorguera que encuadra su barba con gracia púdica; su cara oval y simpática acusa candor y franqueza, y las gruesas trenzas de sus cabellos están recogidas sobre la cabeza con horquillas de plata. Aunque está sentada, se adivina la elegancia de su talle; la falda azul desciende en pliegues graciosos del corpiño y le llega hasta los tobillos. No podemos dudar: es ella. Vámonos. Ahora se trata de saber si es buena, virtuosa y hábil casera.

El cura, después de reseguirla con mirada escrutadora, expuso su opinión:

—Debemos convenir —dijo— en que no tiene nada de particular que el chico se haya enamorado. La muchacha puede afrontar el fallo más exigente. ¡Dichoso aquel a quien la naturaleza ha dotado de hermosura! Lleva consigo mismo la mejor recomendación y no

resulta extraño en ninguna parte. Todos le buscan, le paran y le retienen, y no saben cómo separarse de él si junta a sus cualidades exteriores otros atractivos y cualidades espirituales. Le aseguro que Hermann ha encontrado una joven destinada a proporcionarle una vida apacible y feliz que le prestará un apoyo firme y fiel en todas las circunstancias. Un cuerpo tan perfecto debe encerrar un alma pura, y su juventud hacendosa promete una dichosa vejez.

—Las apariencias a veces engañan —observó el boticario con aire sentencioso—. No es oro todo lo que reluce. Muy a menudo he comprobado la verdad del proverbio que dice: <<No te fíes de tu nuevo amigo antes de haber consumido con él una fanega de sal; sólo el tiempo puede enseñarte si te conviene y si su amistad será duradera>>. Así, pues, empecemos por buscar la buena gente que la haya tratado y que pueda informarnos de su persona.

—Apruebo esta prudencia —replicó el eclesiástico, siguiéndole—, pues no tratamos de buscar una esposa para nosotros. Obrar en este sentido por cuenta ajena es cosa delicada y requiere mucho cuidado.

Así pues, ambos fueron en busca del juez, que seguía atareado en sus funciones y a quien volvieron a encontrar calle arriba de la población.

—Oiga —dijo el cura—, hemos visto en este huerto a una joven sentada bajo un manzano, cortando vestidos de niño de una bata usada que seguramente le han dado. Su aspecto nos agrada; nos parece honrada y prudente. ¿Qué sabe usted de ella? Se lo preguntamos con buenas intenciones.

El juez se aproximó a la valla, y después de mirar hacia el interior del huerto, dijo:

—Usted ya conoce a esa muchacha. Es la misma de que antes le hablé: aquella que supo defenderse a sí misma y defendió a sus compañeras. Bien a las claras se ve que es capaz de semejante acción: es fuerte y animosa. Pero no por eso deja de ser menos buena. Cuidó con toda ternura de un pobre anciano, pariente suyo, hasta que murió de pena ante las desgracias de su ciudad y el temor de verse desposeído de sus bienes. También ha soportado con resignación el dolor de saber la muerte de su novio, joven de ánimo valeroso y esforzado que, en su primer arrebato de generoso entusiasmo por secundar la causa sublime de la libertad, se fue a París, donde muy pronto encontró una muerte terrible, después de mostrarse, lo mismo que en su país, enemigo de las intrigas y del despotismo.

Así que el juez concluyó de hablar, los dos amigos le dieron las gracias por sus indicaciones. Antes de despedirse, el cura sacó de su bolso una moneda de oro (pues las de plata ya las había distribuido antes entre los fugitivos) y la ofreció al juez, diciendo:

—Repartidla entre los pobres, y quiera Dios que los donativos aumenten.

—Hemos salvado muchas cosas —respondió el juez rehusándola—; algún dinero, bastantes vestidos y otros efectos, y espero que podremos volver a nuestras casas antes de haberlo agotado todo.

Pero el cura insistió, poniéndole la moneda en la mano.

—Nadie, en estos tiempos calamitosos, debe ser lento en dar, ni tampoco debe negarse a recibir lo que se ofrece de buen grado. ¿Sabemos cuánto tiempo nos durará lo que poseemos? ¿Puede decirme los días que todavía andará errante por tierras extranjeras, lejos del huerto y del campo propios de que vivía?

—Cierto —añadió solícito el farmacéutico—. ¡Lastima de no haberme provisto de dinero! Si lo tuviera conmigo, pequeño o grande, tendría mi donativo, pues buen número de sus compañeros deben hallarse en la indigencia. No obstante, no le dejaré sin haberle hecho mi ofrenda: cuando menos conocerá mi buena voluntad, muy por encima, en este caso, de

lo que vale mi entrega.

—Diciendo esto, sacó una bolsa de cuero repujado en la que llevaba el tabaco y vació su contenido: era suficiente para llenar unas cuantas pipas.

—Poco es —añadió.

—El buen tabaco —dijo el juez— siempre es grato al viajero.

Estas palabras dieron pretexto al boticario para ponerse a elogiar su tabaco. Pero el cura le interrumpió y se le llevó consigo, después de despedirse del anciano.

—Apresurémonos —dijo—. Nuestro mozo nos espera ansioso. Vamos a comunicarle cuanto antes las buenas noticias.

Redoblaron el paso y encontraron a Hermann bajo los tilos y apoyado en el coche. Los caballos impacientes piafaban machacando con fiereza la hierba. Los tenía cogidos por la brida, y con sus ojos fijos en la lejanía, estaba tan absorto en sus reflexiones que no se dio cuenta de la llegada de sus dos amigos hasta que le llamaron de lejos con gritos y señales de alegría. El farmacéutico, antes de llegarse a él, ya había empezado a hablar; pero el cura lo contuvo, y acercándose a Hermann le cogió las manos y le dijo:

—Enhorabuena, amigo; has tenido buen ojo y mejor corazonada. No te has engañado al elegir. ¡Feliz seas tú y feliz sea la mujer que será compañera de tu juventud! ¡Es digna de tu mano! Vamos, pues, montemos y llévanos hasta el pueblo para formular nuestra demanda y llevárnosla a tu casa.

Pero el joven no se movió de su sitio y, al parecer, escuchó sin conmoverse las palabras que debían llenarle de confianza y alegría. Suspiró y dijo:

—Hemos venido muy aprisa y tal vez nos corresponda volvernos a casa lentamente y llenos de confusión. Mientras les esperaba he reflexionado mucho y he sido víctima de la perplejidad, de la duda, de la desconfianza, en fin, de todos los sentimientos que pueden atormentar el corazón del hombre que ama. Por el solo hecho de que soy rico y ella se encuentra en la miseria y en el destierro, ¿opinan ustedes que nos será suficiente llegar ante la muchacha y conseguir que nos siga? La misma pobreza, cuando es merecida, tiene su orgullo. Esa joven me parece activa y modesta: el mundo le pertenece. ¿Y creen ustedes que hermosa y atractiva como es no ha sido solicitada por nadie? ¿Suponen que su corazón ha permanecido hasta ahora inaccesible al amor? ¡Oh, no corramos tan aprisa en su busca; los caballos quizá tendrían que volvernos a paso lento y deberíamos emprender mohínos y avergonzados el camino de regreso! Mucho me temo que exista algún joven que posea su corazón, y que su mano ya está comprometida a la de un rival más afortunado, que tiene conseguida su promesa de fidelidad. Imagínense mi figura, mi confusión y vergüenza ante ella, si mi demanda fuera rechazada.

El cura se disponía a animar al joven, cuando su compañero —siempre dispuesto a divagar— se le anticipó.

—¡Es cierto! En mi juventud no existían tantas dificultades y sabíamos arreglar las cosas en forma conveniente. Cuando los padres habían elegido una esposa para su hijo, lo primero que se hacía era llamar confidencialmente a un amigo, que se mandaba cerca de los padres de la interesada con el encargo de pedirla en matrimonio. El domingo siguiente, y luego de comer, el buen amigo visitaba, en traje de fiesta y como por casualidad, a la familia en cuestión, y después de los cumplidos de costumbre iniciaba una conversación general que, con muchos rodeos y gran alarde de destreza y prudencia, acababa refiriéndose a la muchacha. De paso hacía el elogio de la familia y de la hija y, como es natural, no se olvidaba de hacer lo mismo respecto a las personas que le enviaban. La familia comprendía perfectamente el intento, y el emisario, según las disposiciones que encontraba, hablaba con

más claridad. Si la demanda era eludida, le negativa no tenía nada de humillante. Si, por el contrario, era aceptada, el negociador tenía desde aquel día asegurado el sitio de honor en la casa y a perpetuidad ocupaba el primer lugar en todas las fiestas familiares, pues la pareja se acordaba toda la vida de la mano hábil que ató el primer nudo de su unión. Ahora esto ya no está de moda, como tantas otras costumbres, y cada cual hace por sí mismo su petición. Así pues, es muy justo que cada uno afronte en persona la negativa, cosa que puede muy bien ocurrir, y que pase por vergüenza ante los mismos ojos de la pretendida.

—Sea, pues, lo que Dios quiera —exclamó Hermann, decidido—. Yo mismo daré este paso y sabré mi destino por sus propios labios, pues estoy cierto que ningún hombre ha confiado en mujer alguna como yo confío en ella. Sea cual sea su resolución será la mejor, pues es indudable que siendo de ella ha de ser razonable y buena. Y cuando menos habré visto por última vez sus ojos negros y su mirada franca. Si nunca he de abrazarla, por lo menos veré de nuevo su talle, su busto y sus hombros que quisiera enlazar y aquella boca de la que un <<sí>> y un beso harían mi felicidad y un <<no>> equivaldría a mi suprema desgracia. Déjenme solo y no me aguarden. Vuelvan junto a mis padres; díganles que su hijo no se había equivocado, que la muchacha es digna de mi amor. Déjenme solo. Regresaré por el sendero que a través de la colina conduce al peral, y de allí desciende a lo largo de la viña. ¡Ojalá tuviera la carrera junto a mi amada! Pero, ¡ay!, es posible que regrese solo y que tal vez siempre más deba recorrer este sendero con tristeza.

Y dicho esto, puso las riendas en manos del cura, el cual dominando hábilmente a los caballos subió al coche y ocupó el asiento de Hermann.

Pero el cauto farmacéutico dudó un momento y dijo al cura:

—Amigo mío, le confío muy a gusto mi alma y todas mis facultades espirituales, pero en cuanto a mi cuerpo y a mis miembros, no los considero muy en seguro si son puramente materiales las riendas con que un eclesiástico debe conducirlos.

—Siéntese —respondió el cura sonriendo— y confíeme sin temor su cuerpo lo mismo que su alma. Hace mucho tiempo que mi mano está ejercitada en llevar las riendas y mi vista en saber tomas los rodeos del camino. Tengo hecha buena práctica de cuando vivía en Estrasburgo y acompañaba al joven barón. Era yo quien guiaba el coche. Pasábamos por entre la muchedumbre y los paseantes, y por las vías polvorientas llegábamos hasta los prados y los tilos lejanos.

Medio convencido por estas palabras, el boticario subió al coche, pero sentóse con precaución y como dispuesto a saltar al primer peligro. Los caballos corrían impacientes por volver a la cuadra, y sus cascos levantaban nubes de polvo.

El joven no se movió de su sitio durante mucho rato, perdido en la absorta contemplación de la polvareda que se levantaba en el aire para disiparse después. Parecía insensible, hechizado.

ERATO
DOROTEA

Como el caminante que antes de ponerse el sol fija todavía sus miradas en el astro que desciende del horizonte próximo a desaparecer, y luego sus ojos deslumbrados creen verlo en todas partes, lo mismo sobre el bosque umbrío que a lo largo de la montaña, y vuélvase del lado que se vuelva, por todas partes ve flotar su imagen vacilante y sus brillantes y coloreados reflejos, asimismo aparecía ante los ojos de Hermann la silueta graciosa de la

muchacha caminando por el sendero que conducía a su casa. Pero se sobrepuso a su hechizo y se dirigió hacia el pueblo, mas volvió a encontrarse con la misma visión, pues del opuesto extremo del camino se acercaba hacia él la forma resplandeciente. Después de considerarla con la mayor atención, vio que esta vez no se trataba de ninguna imagen ilusoria, sino de ella misma en persona. Ya la tenía cerca. Llevaba un cántaro en cada mano y lo sostenía por una de sus asas. Uno era grande, otro menor, e iba por agua a la fuente.

Hermann marchó con alegría a su encuentro, sintiéndose con más ánimos ante su presencia. Y acercándose a ella, sorprendida de verle, le dijo:

—¡Hola, muchacha hacendosa! Vuelvo a encontrarte en mi camino ocupada en socorrer a los demás y en aliviar sus males. ¿Por qué vas sola a la fuente, que está más lejos, pudiendo servirte, como tus compañeras, de las del pueblo? Cierto que el agua de este manantial tiene cualidades especiales y un buen sabor. Sin duda quieres llevarla a la buena mujer cuya vida salvaste con tus cuidados.

La joven le saludó con amabilidad:

—Me alegro de haber tomado el camino de la fuente y de haber encontrado de nuevo al bienhechor que nos ha colmado de sus donativos, puesto que la vista del que da no es menos agradable que sus mismos dones. Venga conmigo y verá con sus propios ojos a los que se han beneficiado con su clemencia y podrá oír sus palabras de agradecimiento. En cuanto al motivo de venir a buscar el agua de esta fuente clara y abundante, se debe a que nuestros compañeros, imprevisores, a su llegada han enturbiado todas las aguas del pueblo por haber hecho pasar caballos y bueyes por el depósito destinado al uso de la población. Además, han lavado sus ropas y utensilios en abrevaderos, pozos y fuentes, removiendo y ensuciando el agua. Cada cual sólo piensa en su propio interés. Absorbidos por la necesidad momentánea, la resuelven a prisa y de cualquier modo, sin preocuparse de las futuras consecuencias ni de las sucesivas necesidades.

Mientras iba exponiendo estas razones, descendió con Hermann los anchos peldaños de la fuente y se sentaron juntos sobre el pequeño parapeto que la rodeaba. Dorotea se bajó para coger el agua; Hermann tomó el otro cántaro y se inclinó a la vez. Sus imágenes temblorosas sobre un fondo de cielo azul se reflejaron en el manantial como si fuera un espejo. Se contemplaron sonrientes en el agua y se saludaron amistosamente.

—Déjame beber —dijo el mozo.

Ella le alargó el cántaro. Y confiados e ingenuos permanecieron sentados en el pretil, apoyados en los cántaros.

Poco después, Dorotea le preguntó:

—¿Y cómo es que te hallas aquí tan lejos del sitio donde nos encontramos por primera vez? ¿Dónde están tus caballos y tu coche? ¿A qué has venido?

Hermann inclinó la cabeza pensativo. Pero en seguida levantó los ojos hacia Dorotea y miró con ternura los de la muchacha. Sintióse confiado y más tranquilo. Sin embargo, le habría sido imposible hablarle de amor. La mirada de Dorotea no revelaba ningún destello amoroso, sino tan sólo el reflejo de una inteligencia tranquila y de una apacible serenidad. Se imponía una respuesta razonable y el joven, después de concentrarse unos instantes, le respondió en tono de amistosa confianza:

—Escucha, niña, voy a contestar a tus preguntas. Tú eres causa de mi venida. ¿Por qué te lo voy a ocultar? Vivo con mis padres y disfruto de una existencia feliz. Yo, como hijo único, les ayudo con diligencia y fidelidad a dirigir nuestra casa y a cultivar nuestras tierras. Cada uno de nosotros tiene señalado su trabajo, que no escasea. A mí me corresponde la dirección de nuestros cultivos; mi padre administra el negocio y mi madre está al frente de

la casa. Pero tú, sin duda, sabes por experiencia lo que los criados apesadumbran y fatigan a una ama de casa. Unas veces por su ligereza, otras por su mala fe, se ve obligada a renovarlos con frecuencia; es decir, a sustituir unos defectos por otros. Desde hace mucho tiempo mi madre desea tener a su lado una muchacha que le alivie, no precisamente con su trabajo, sino también con su afecto y que pueda considerarla como a su propia hija, muerta muy joven, por desgracia.

Esta mañana cuando te he visto en la carretera ante mi coche y he considerado tu cara franca y serena, tu brazo robusto, tu apariencia de fuerza y salud; cuando te oí hablar en una forma tan razonable, quedé cautivado. Corrí a casa y elogié tus méritos a mis padres y a nuestros amigos. En fin, que vengo a exponerte su deseo, que también es el mío… Perdóname si no hablo más claro.

—No tema nada, acabe —respondió Dorotea—; no me siento ofendida; muy al contrario, le estoy sumamente agradecida. Puede hablar con absoluta claridad. Usted quisiera contratarme como sirvienta para que ayude a sus padres y trabaje en su casa. Usted ha creído encontrar en mí lo que les conviene: una hija juiciosa, activa y de buen carácter. Su proposición ha sido breve; mi respuesta lo será más. Sí, le seguiré ya que el destino así lo quiere. Aquí ya he cumplido con mi deber; he puesto a la madre y al hijo en manos de los suyos, que están muy contentos de que se hayan salvado; la mayor parte ya han vuelto a reunirse con ella; los demás no tardarán en llegar. Todos confían que dentro de pocos días volverán a sus casas. Los fugitivos gustan de crearse ilusiones. Yo, en estos días infelices que sólo nos anuncian nuevas desgracias y horas peores, no me dejo engañar por vanas esperanzas. Las antiguas relaciones están rotas. ¿Quién las reanudará? ¿Quién volverá a ordenar de nuevo tanta confusión? Sólo la necesidad. Así pues, si puedo ganar mi vida en casa de una familia honrada, trabajando por un hombre respetable y ayudando a una buena mujer, consiento en ello muy dichosa. La reputación de una joven que anda sola por el mundo es siempre dudosa. Sí, le seguiré en seguida que haya llevado esos cántaros a mis amigos y después de haberme despedido de ellos. Venga conmigo, deseo que los vea y que sean ellos mismos los que me confíen a usted.

Hermann, al verla tan bien dispuesta, sintió tanta alegría que titubeó unos instantes por si debía comunicarle o no sus verdaderos propósitos, pero juzgó más prudente mantenerla en su error, conducirla a su casa y dejar para más adelante el declararle su amor y pedirla en matrimonio. Por otra parte, se había dado cuenta de un anillo de oro que llevaba en un dedo, y decidió no interrumpirla y seguir escuchando atentamente sus palabras.

—Vamos —dijo—. Es costumbre murmurar de las muchachas que se entretienen demasiado en la fuente y, sin embargo, ¡es tan agradable hablar junto al murmullo de un manantial!

Hermann se alzó y ambos volvieron a mirarse en la fuente. Dorotea, presa de cierta ansiedad, cogió en silencios los dos cántaros y empezó a subir los escalones, seguida de muy cerca por él. A fin de aliviarla del peso de la carga, Hermann quiso tomar un cántaro.

—No —dijo ella—; déjeme llevarlos a mí sola; así, con un peso en cada mano, se mantiene mejor el equilibrio y la carga es menos pesada. Además, el hombre llamado a mandarme no debe empezar por servirme. Pero ¿por qué me mira con este aire compasivo, como si lamentara mi suerte? Servir es propio de nuestra condición. Y desde muy pequeñas todas las mujeres cuidan más o menos de los quehaceres domésticos. Sirviendo a los demás es como se aprende a mandar y se llega a adquirir la autoridad que una dueña ejerce en su casa. Ya de pequeña, la mujer sirve al hermano, más tarde ayuda a sus padres y se pasa los días en un continuo ir y venir, siempre ocupada en provecho de los demás. Dichosa ella si

llega así a habituarse a no considerar penoso ningún camino, a no diferenciar entre las horas del día y de la noche, a no encontrar ningún trabajo cansado en demasía, ninguna aguja demasiado fina y a olvidarse, en fin, de sí misma para vivir para los otros. Si llega a madre necesitará de todas estas virtudes domésticas, pues el hijo no le permitirá descansos y la despertará cuando duerma pidiéndole alimento. Por lo tanto, dolores y cuidados no se apartarán de su lado. Reunidas las fuerzas de veinte hombres no podrían soportar el peso de tales fatigas. Claro que tampoco les corresponde. Pero, por lo mismo, debieran admirarlas.

Así hablando, llegaron a la casa donde se había refugiado la nueva madre, que descansaba junto a una de las inocentes muchachas que Dorotea había salvado. Cuando entraron llegó por el lado opuesto el juez, trayendo un niño de cada mano, que el buen hombre acababa de encontrar entre la muchedumbre. Con alegría corrieron a abrazar a su madre, que ya los daba por perdidos, y conocieron a su nuevo hermanito. Después se acercaron a Dorotea, la abrazaron y le pidieron pan, frutas y, sobre todo, agua fresca. Los cántaros pasaron de mano en mano: bebieron los niños, después la madre y a continuación las muchachas y el juez. Todos ponderaron aquella agua deliciosa que tenía un gustillo acidulado que hacía de ella una bebida sana y agradable.

La joven les miraba entristecida y les dijo:

—Tal vez sea ésta la última vez que les ofrezca el cántaro y les dé a beber agua fresca. Pero si así fuera, cuando más adelante, en un día de gran calor les reanime una buena bebida, o sentados a la sombra cerca de un manantial puro disfruten de su frescura, les ruego que piensen en mí y en los cuidados que he podido prestarles, más por afecto que por obligación familiar. Por mi parte, toda la vida recordaré con agradecimiento sus favores. Les dejo con pesar; pero en estas circunstancias cada uno de nosotros es más pronto una carga que un alivio para su prójimo, y si no podemos regresar a nuestro país, a todos nos será obligado dispersarnos en tierra extranjera. Aquí tienen al joven que ha sido nuestra providencia; a él debemos las ropas del niño y las provisiones que tanto favor nos han hecho. Ha venido a proponerme que pase a servir a sus padres, que son buenos y ricos. He aceptado, porque en todas partes las jóvenes tenemos deberes domésticos que cumplir y lo más penoso para nosotras es vivir en la ociosidad y hacernos servir por los demás. Por eso le sigo contenta. Me parece un buen chico y confío que sus padres no serán menos buenos, cualidad más preciada para mí que la opulencia. Adiós, pues, buena amiga; sea usted muy feliz y que este pequeñito sea su alegría. ¡Oh! ¡Qué hermoso y vivo es! ¡Cómo le mira! Siempre que le estreche contra su corazón, envuelto en sus ropitas, acuérdese del joven tan bondadoso que nos las dio y en cuya casa —de aquí en adelante— yo encontraré comida y vestido. Y usted, hombre excelente —continuó, dirigiéndose al juez—, déjeme darle las gracias por haberme servido de padre en más de una ocasión.

Después se arrodilló junto a su amiga, que con voz temblorosa y entrecortada por lo sollozos la bendijo conmovida.

Entretanto, el juez se volvió hacia Hermann y le dijo:

—Buen amigo, considero que debe figurar usted entre los hombres juiciosos que saben buscar para el gobierno de su casa personas aptas y honestas. Estoy muy acostumbrado a ver cómo en los mercados se pone mucha atención a los bueyes, caballos o carneros, cuando se trata de comprarlos o trocarlos, mientras que parece confiarse al azar la elección de la persona que puede salvar o arruinar una casa, porque si es honrada y laboriosa todo marcha en debida forma, pero si es holgazana y carece de principios, entonces equivale a la ruina y luego vienen los arrepentimientos tardíos e ineficaces por haber obrado a la ligera. Pero a usted me parece que no le sucederá lo mismo: ha sabido elegir muy bien a la

muchacha y estoy seguro que satisfará a los padres de usted. Sepan retenerla, pues mientras la conserven en su compañía, tenga por cierto que no echará de menos a una hermana ni los padres de usted a una hija.

En este momento llegaron varios parientes de la madre, que le traían diversos obsequios, además del aviso de que le habían encontrado habitación más a propósito. Cuando supieron la decisión de Dorotea, miraron con gratitud a Hermann y sus miradas expresaron el fondo de sus pensamientos.

Una de las mujeres susurró al oído de otra:

—Si su señor llega a casarse con ella, ¡qué suerte la suya!

Hermann dijo a Dorotea:

—Partamos… El día acaba y nuestra ciudad está lejos.

Entonces todas las mujeres se abrazaron a la vez a Dorotea, hablando con vivacidad. Y mientras Hermann tiraba de su mano para llevársela, la muchacha iba dando saludos y recuerdos para sus amigos. Entretanto, los niños empezaron a llorar, y agarrados a su vestido no querían que se marchara la que era para ellos una segunda madre. Por fin intervinieron las mujeres.

—¡Basta, pequeños! Dorotea va a la ciudad a buscar los pasteles de azúcar que vuestro hermanito encargó cuando la cigüeña que nos lo ha traído pasó por delante de la confitería. ¡Ya veréis como pronto regresa cargada de cucuruchos dorados y muy bonitos!

Sólo así dejaron libre a Dorotea, y Hermann pudo arrancarla con trabajo de los nuevos abrazos de sus compañeros. Ya lejos de ellos, todavía la saludaban con sus pañuelos.

MELPÓMENE
HERMANN Y DOROTEA

Caminaban los dos cara al sol, que corría a su crepúsculo entre grandes nubes anunciadoras de tempestad. De cuando en cuando, la faz encendida del astro se ocultaba o salía de entre los espesos nubarrones y proyectaba sobre los campos una claridad vaporosa.

—Ojalá que la tempestad que amenaza —dijo Hermann— no nos traiga granizo ni fuertes aguaceros, pues la cosecha se anuncia magnífica.

¡Y qué hermosura ofrecía! Seguían el sendero junto a los campos y contemplaban extasiados la campiña con sus trigales que se agitaban balanceados por el viento y cuyas espigas llegaban casi a una altura igual a la de sus cabezas.

—¡Oh! —dijo Dorotea—. A usted le deberé el disfrutar pronto de una vida apacible, segura, y de la protección de un techo, mientras tantos fugitivos están expuestos todavía a las inclemencias del tiempo y a los rigores de la tempestad. Deseo conocer —antes de hallarme en presencia suya— cómo son sus padres, pues aunque estoy dispuesta a serviles de todo corazón y con el mayor interés, me conviene tener detalles de su carácter, ya que cuando se conoce al amo es más fácil complacerle en aquellas cosas que considera como más importantes o por las que siente mayor inclinación. Dígame el mejor medio para ganarme la voluntad de sus padres.

—¡Ah —respondió Hermann—, no sabes cuánto agradezco tu interés en querer conocer de antemano su carácter! Pues bien; en cuanto a mi padre, te diré que yo mismo apenas si consigo tenerlo contento, y eso que cuido, desde muy joven, todo lo suyo como si fuera cosa mía: trabajo los campos, la viña y la huerta, y vigilo y atiendo su cultivo durante todo el día. En cuanto a mi madre, ya es más fácil contentarla; así como reconoce mi celo,

también te considerará como la más perfecta de las muchachas si ve que atiendes nuestra casa como si fuera la tuya. No ocurre lo mismo con mi padre: le agrada que a los actos y servicios se añadan ciertas ostentaciones que le halaguen. No tomes a mal que te hable de mi padre en esa forma, ni me consideres injusto ni desnaturalizado. Te juro que eres la primera persona a quien he hablado de él en estos términos antes de hoy; me inspiras tanta confianza que no temo expansionarme contigo ni expresar sin reserva de ninguna clase. No es que le falta bondad; pero le halagan los cumplidos y las apariencias en el trato con la gente; existen pruebas exteriores de amor y de adhesión, y es de aquellos que se entregarían y se dejarían engañar por un criado de mala fe, pero listo en cultivar su flaqueza, mientras, en cambio, es capaz de mostrarse duro y sentir aversión por el mejor de sus servidores si descuida atender estos rasgos de su carácter.

—Tengo plena confianza —respondió la muchacha con alegría y alargando el paso por el sendero que se oscurecía— en contentar a uno y a otra. El carácter de tu madre es perfectamente igual al mío, y por lo que se refiere a las maneras agradables, las conozco desde mi infancia. Nuestros vecinos los franceses antes concedían mucha importancia a la cortesía: a nobles, burgueses y campesinos les era cosa propia y natural y la inculcaban a sus hijos. A ellos debemos nuestra costumbre de niños de dar por las mañanas los buenos días a los padres, besar sus manos, y hacerles una reverencia. Cuanto he aprendido, desde mi infancia, en buena educación y mejores costumbres, además de lo que me inspire mi corazón, voy a consagrarlo a fin de complacer a tus padres. Y ahora sólo me falta saber cómo quieres ser tratado tú, que eres su hijo único y, por lo tanto, también mi señor.

Hablando de esta forma, habían llegado junto al peral. La luna, en toda plenitud, resplandecía en su claridad en lo alto de la bóveda celeste, pues la noche era llegada y con su velo había apagado los últimos rayos del sol. Sus miradas contemplaban las dos grandes masas que se tocaban: por una parte una claridad tan viva como la del día y por la otra las sombras de la noche. Hermann sintió inefable alegría al oír la pregunta de Dorotea, precisamente al pie del árbol que le era tan querido y bajo cuyo follaje hoy mismo había llorado a causa de ella.

A fin de descansar unos momentos, se sentaron uno junto a otro, y Hermann, cogiendo amoroso la mano de Dorotea, le dijo:

—Tu corazón debe decírtelo, y sigue libremente sus dictados.

Pero no se atrevió a decir una palabra más, a pesar de que la ocasión era tan propicia. Aparte el temor a una negativa, se había turbado al sentir en sus dedos el anillo de oro de Dorotea.

Y siguieron silenciosos uno junto a otro, hasta que la muchacha dijo:

—¡Cuánta dulzura inspira esta admirable claridad de la luna! Casi parece de día. Distingo los edificios de la ciudad y los patios y corrales. De esta casa más próxima veo tan perfectamente la ventana de debajo de su tejado que creo podría llegar a contar sus cristales.

—Esa casa que ves —dijo Hermann— es la nuestra. Allí es donde te acompaño y esa ventana de debajo del tejado es la de mi cuarto, que tal vez pronto será el tuyo…, pues a no mucho tardar haremos reformas. Estos campos nos pertenecen, los trigales, como ves, ya están maduros y mañana empezaremos a segar; aquí, bajo este peral, descansaremos y comeremos. Pero descendamos aprisa por la viña y crucemos la huerta, pues se aproxima la tempestad. Relampaguea y muy pronto las nubes taparán la luz de la luna.

Se levantaron y descendieron, hechizados, bajo la pálida luz del astro nocturno, por entre los trigos pletóricos. Cuando llegaron al viñedo los envolvía la oscuridad. Hermann

condujo a la muchacha por los escalones desiguales formados con troncos de árboles. Ella descendía despacio, apoyando sus manos en el hombro de su guía. La luna todavía les enviaba de cuando en cuando algún pálido fulgor; pero, envuelta muy pronto por el nublado tempestuoso, dejó a la pareja entre tinieblas.

Hermann sostenía a Dorotea con cuidado mientras ella se reclinaba sobre él a fin de asegurar sus pasos, pero como desconocía el sendero y lo desigual del terreno y sus piedras, puso el pie en falso y sintióse próxima a caer. Dándose cuenta de ello, Hermann se volvió hacia Dorotea con los brazos extendidos y la sostuvo. A causa de este movimiento cayó dulcemente sobre su hombro y se juntaron sus pechos y sus mejillas. Inmóvil como un mármol, contenido por el imperio de su voluntad, no la oprimió contra sí en un fuerte abrazo, sino que se afirmó en el suelo para sostenerla mejor. Cargando con tan estimado peso, sentía los latidos del corazón de la amada y el hálito de su boca, y sostenía con fuerza viril la hermosa criatura tan bella de rostro como agraciada de cuerpo.

Ella disimuló el dolor que sentía en el pie y dijo risueña a Hermann:

—Es signo de mal augurio, según dice la gente de experiencia, torcerse el pie al entrar en una casa. Francamente, me creía merecer un presagio mejor. Detengámonos un rato a fin de que pueda reponerme; así tus padres no podrán hacerte reproches por traerles una sirvienta que empieza sus servicios cojeando.

URANIA
PERSPECTIVA

Musas propicias al amor sincero que habéis guiado hasta aquí al muchacho excelente en su camino y que habéis hecho posible que pueda estrechar contra su pecho a su amada antes de que fuera su novia, no dejéis de ampararlos; haced posible que se realice la unión de tal pareja y disipad prontamente los nublados que se ciernen sobre su felicidad. Pero ante todo contadnos lo que sucedía en la casa de Hermann.

La madre, impaciente, había entrado por tercera vez en la habitación de que acababa de salir, donde charlaban su esposo y sus dos amigos. Habla de la tempestad que se acerca, del súbito ocultamiento de la luna, de la larga ausencia de su hijo y de los peligros a que se expone, y censura vivamente a los dos vecinos por haberse separado tan pronto de Hermann, sin haber hablado siquiera con la muchacha, ni haberle hecho ninguna proposición de matrimonio en su nombre.

—No agraves más el mal —dijo el padre malhumorado—. Ya ves que todos estamos impacientes en espera del desenlace.

El farmacéutico, demostrando mucha tranquilidad, les dijo:

—En horas de angustia como éstas es cuando siento más agradecimiento hacia mi padre por haber extirpado en mí, cuando yo era pequeño, hasta la menor raíz de la impaciencia y por haberme enseñado a tener más paciencia que un sabio.

—¿Puede saberse —preguntó el cura— qué secreto empleó para conseguir su objeto?

—De buena gana lo diré —repuso el boticario— y que cada uno saque de ello el consiguiente provecho. Yo era muy niño entonces. Un domingo por la tarde aguardaba con mucha impaciencia el coche que debía conducirnos a la Fuente de los Tilos. Pero el vehículo no llegaba y yo corría de aquí para allá como una comadreja; subía y bajaba la escalera, iba de la ventana a la puerta; notaba picazones en las manos, arañaba las mesas, pataleaba por la habitación: me sentía próximo a llorar.

Nada de eso pasaba inadvertido a mi padre, que era hombre flemático, y viendo que mi estado se agravaba, me cogió tranquilamente por el brazo, me condujo ante la ventana y me dijo: <<Mira, ¿ves allí enfrente el taller de aquel carpintero? Pues bien, hoy es fiesta y está cerrado, pero mañana se volverá a abrir. Allí todo el día verás en movimiento continuo los cepillos y las sierras, y de la mañana a la noche las horas transcurrirán en pleno trabajo. Pero, fíjate bien: llegará un día en que el carpintero y sus obreros pondrán toda su industria en construirte un ataúd, que acabarán con mucha presteza. En seguida nos traerán la casa de madera que al fin recoge al paciente y al impaciente, y le pondrán encima la tapa, como si fuera un techo>>. Mi imaginación me representaba todas esas imágenes como si fueran realidad, y yo veía las tablas de madera y la pintura negra preparada. Me senté tranquilamente y esperé el coche con paciencia. Desde ese día, cuando veo a alguien que, agitado por la ansiedad, corre desesperado de aquí para allá, no puedo menos de pensar en el ataúd que viene a buscarnos.

—La imagen emocionante de la muerte —dijo el cura sonriendo— no es considerada por el sabio como un objeto de terror ni por el religioso, como un acto final. Al primero le enseña a meditar sobre la vida y, en consecuencia, a obrar bien. Al segundo le sostiene en la aflicción con la esperanza de una felicidad futura. Tanto para el uno como para el otro, la muerte se convierte en vida. Por ello no aprueba la lección de su padre y considero como un error que enseñara a usted, niño sensible, la muerte en sí misma y sólo como muerte. Lo preciso es presentar al adolescente la gran perspectiva de una ancianidad que ha madurado en la práctica diaria de las virtudes, y al viejo la perspectiva de la juventud, a fin de que ambos se complazcan considerando este círculo eterno en el que la vida completa a la vida.

En este punto, la puerta se abrió de pronto y entró la pareja esperada. Los padres y los amigos, viendo la esbeltez y hermosura de la joven y lo bien que armonizaba con la gallardía de Hermann, se sintieron satisfechos. Sí, la puerta parecía demasiado estrecha para ambos. El joven presentó a Dorotea a sus padres diciéndoles con voz emocionada:

—Aquí tienen la muchacha que deseaban para la casa. Padre, acójala bien, pues así se lo merece; y usted, madre, puede preguntarle ahora mismo todo lo concerniente al arreglo del hogar y se convencerá de lo mucho que le interesa retenerla a fin de que sustituya a su hija.

Dichas estas palabras, se llevó aparte al cura y le dijo en voz baja:

—Ayúdeme a salir del aprieto y a deshacer el lío en que me he metido. Estoy espantado de lo que puede ocurrir, puesto que no he hablado con esta muchacha de casarse conmigo, sino sólo de que me siguiera como sirvienta. Ella está convencida de eso y temo que se marche ofendida y enojada así que oiga hablar de nuestro matrimonio. Sáqueme del apuro cuanto antes. No puedo seguir engañándola y también quiero salir de mis dudas. Apresúrese a darnos una nueva muestra de la prudencia que todos le reconocemos.

En seguida el pastor se volvió a los demás asistentes, pero ya era tarde. Algunas palabras del padre de Hermann, dichas en son de broma, aunque con la mejor de las intenciones, habían herido y turbado a la muchacha.

—Muy bien, hijo mío —había dicho—; me felicito que mi heredero tenga los mismos gustos que su padre. ¡Oh!, en mis buenos tiempos yo también sabía escoger. Y siempre saqué a bailar a la más bonita como asimismo escogí a la más hermosa para casarme. Aquí la tienes: es tu madre. Bien a las claras se ve el carácter del hombre por la elección de su esposa, y por la mujer conocerás los méritos del marido. No cabe duda de que no ha debido tratarse de una deliberación muy larga, y que no le ha sido difícil a la muchacha resolverse a seguir a mi hijo.

Hermann sólo había oído una parte de las palabras de su padre, pero fue más que

bastante para sentir un estremecimiento indecible; los demás oyentes permanecieron en silencio.

Dorotea, herida profundamente por aquella ironía que le parecía un insulto, quedó inmóvil; su rostro y su cuello se sonrojaron de súbito. No obstante se contuvo, recobró sus fuerzas y dijo en seguida al viejo, sin disimular su disgusto:

—Ciertamente, su hijo, que me había pintado a su padre como un buen hombre, no sólo prudente, sino también poseedor de excelentes maneras, no me había preparado para semejante acogida. Ya sé que usted es persona instruida que sabe comportarse con todo el mundo según su rango y condición; sin embargo, creo que yo no he merecido por parte suya la suficiente compasión a que es acreedora una pobre muchacha que sólo acaba de franquear los umbrales de su casa dispuesta a servirle lo mejor posible; de lo contrario, no me hubiera hecho sentir, por medio de una ironía amarga, la distancia que me separa de su hijo y de ustedes. Soy pobre, es cierto, y llego con un solo paquete a esta casa, tan bien provista en todos sentidos. Y claro está, semejante condición permite una seguridad a sus alegres moradores. Me conozco muy bien y sé cuáles deben ser nuestras relaciones. Pero sepa que no tiene nada de generoso acogerme, en el preciso momento de mi llegada, con una burla que equivale a rechazarme del suelo que acabo de pisar.

Hermann, lleno de ansiedad, estaba agitadísimo y conjuraba por signos al eclesiástico a fin de que interviniera en seguida y disipara el error en un momento. El prudente sacerdote se acercó a Dorotea, consideró su dolor contenido, su sensibilidad dominada y las lágrimas que inundaban sus ojos, y cuando ya estaba dispuesto a lanzarse a deshacer el error, sintió el impulso de prolongar unos instantes la situación a fin de sondear mejor el carácter de la muchacha aprovechándose de la emoción.

—Creo —le dijo— que al decidirte tan deprisa a entrar al servicio de gente desconocida te has precipitado, si antes no reflexionaste bastante en las obligaciones a que uno se somete al poner el pie en casa de su dueño. Piensa que prometer es una cosa de momento pero que con ello te obligas para años y que un solo <<sí>> puede imponerte mucha resignación. Lo más penoso del servicio no son precisamente los encargos fatigosos, ni los sudores amargos, causados por un trabajo apremiante y siempre renovado, porque, al fin y al cabo, un dueño activo comparte sus tareas con las de sus sirvientes, sino sufrir sus malos humores, sus reprimendas injustas y sus órdenes y contraórdenes al parecer más o menos absurdas y caprichosas; disimular los arrebatos de una dueña que se exalta por el menor motivo y las groserías e insolencias de los chiquillos. Eso es lo penoso y que, sin embargo, precisa soportar, sin descontar su trabajo, sin despistarse ni murmurar. Pero tú no me pareces capaz de semejantes aptitudes, puesto que una simple chanza del jefe de la familia te ha herido tan profundamente, a pesar de que nada sea tan frecuente como gastar una broma a una chica a base de una supuesta inclinación por un joven.

Estas palabras fueron una nueva herida para Dorotea; vivamente conmovida, ya no pudo contenerse, se desbordaron sus sentimientos con energía, salieron profundos suspiros de su pecho y gruesas lágrimas cayeron de sus ojos.

—¡Oh! —dijo—, el hombre razonable que aconseja al afligido no sabe que sus frías palabras en nada pueden aliviar a un corazón de los dolores que Dios le envía. Ustedes son felices, la alegría es su compañera, ¿cómo puede herirles una broma? En cambio, el enfermo se resiente por poco que alguien le toque. No, aunque quisiera utilizarlo, de nada me serviría el disimulo. Debo decidirme en este mismo instante. Esperar más tiempo aumentaría mis penas y las haría más dolorosas; tal vez me llevaría a consumirme en silencio. Debo partir; no puedo quedarme en esta casa. Me marcharé y volveré al lado de

mis pobres compañeros que he abandonado en la desgracia, sólo pensando en salvarme. Mi decisión está tomada y por lo tanto bien puedo confesarles un sentimiento que, si hubiera permanecido a su lado, hubiera llevado enterrado en mi corazón durante años y años. Si la broma del padre de Hermann a herido profundamente mi corazón no es debido al orgullo ni a una susceptibilidad poco convenientes para una sirvienta, sino a que, en efecto, he sentido una cierta inclinación por este joven que se me apareció como un liberador. Desde que me dejó en la carretera y prosiguió su camino, lo he tenido presente en mi memoria. Pensé en la felicidad de la mujer que tal vez amase y que sin duda ya tenía elegida. Cuando volví a encontrarle en la fuente, me sentí tan dichosa como si se hubiera tratado de un ser inmortal. Y cuando me propuso entrar al servicio de ustedes le seguí entusiasmada. Y también debo confesarles que, durante el camino, me entregué a la esperanza de que tal vez algún día podría hacerme merecedora de conseguir su cariño si llegaba a ser indispensable en la casa. Sólo ahora me doy cuenta de los peligros a que me exponía viviendo al lado de mi amado en secreto. Ahora veo la gran distancia que media entre una chica pobre y el joven rico, por muy virtuosa y bonita que sea la muchacha. Si me confieso con ustedes en esa forma es para que no se formen mal concepto de mí, ya que la circunstancia que me ha afligido me ha vuelto a la razón y me impone el propósito de alejarme. De otro modo, mi destino me hubiera obligado a disimular mis votos interiores y a ver como más tarde o más temprano entraba en la casa su esposa. ¿Cómo habría podido soportar entonces mi pena? Afortunadamente he sido advertida a tiempo y he confesado mi secreto antes de que el mal no tuviera remedio. Ahora ya no tengo más que decirles. Nada puede retenerme por más tiempo aquí, donde me siento confusa y avergonzada, después de haberles confesado con toda sinceridad mis sentimientos y mis locas esperanzas. Nada me detendrá: ni la noche oscura y nublada, ni los truenos que retumban todavía en los oídos, ni la lluvia que cae con rabia, ni el bramido del viento tempestuoso. Ya he soportado todas estas calamidades durante nuestra huida desastrosa y perseguidos por el enemigo. Ya estoy acostumbrada a separarme de mis afectos y a exponerme a lo que pueda sucederme, pues desde hace tiempo voy siendo arrastrada por el torbellino de la época en que vivimos. ¡Adiós! ¡Me voy!

Al decir esto se dirigió hacia la puerta, llevando bajo el brazo el paquete que trajo. Pero la madre abrazóla y le dijo asombrada:

—Pero ¿qué pasa? ¿A qué vienen esas lágrimas? ¿Cómo que te vas? Tú eres para Hermann.

El padre, enojado, miraba a la muchacha llorosa y dijo:

—De ese modo se recompensa mi complacencia y mi consentimiento, proporcionándome lo que más me subleva: el lloriqueo de las mujeres y esos gritos apasionados que llevan la turbación y el ofuscamiento a la razón y embarullan las cosas más claras. No puedo aguantar más tiempo esas escenas. Ya las acabaréis como os plazca. Yo voy a acostarme.

Y se dispuso a marcharse hacia su dormitorio, pero su hijo le retuvo y le dijo suplicante:

—Padre, no se apresure: no se vaya usted irritado con Dorotea. El único culpable soy yo. Y mi equivocación ha sido agravada por las palabras disimuladas del señor cura. Hable usted, ¡por Dios! Yo confié en sus servicios, y en lugar de aumentar nuestros pesares, sírvase despejar de una vez la situación. La veneración que me inspira quedará borrada para siempre si en lugar de disminuir las penas ajenas con su prudencia y sabiduría sólo le llevaran a burlarse de ellas.

El sacerdote respondió sonriente:

—¿Qué prudencia, ni qué sabiduría habrían podido arrancar del corazón de esta

muchacha una confesión tan sincera como la que hemos oído, ni descubrirnos mejor su carácter? ¿Tu tristeza no se ha convertido aún en alegría y regocijo? Habla tú mismo. Explícate. ¿Para qué necesitas palabras ajenas?

Entonces Hermann se acercó a Dorotea y, mirándola con ternura, le dijo:

—No lamentes tus lágrimas ni el dolor sufrido; ellas confirman mi felicidad y espero que también la tuya. No, no fui a buscarte como sirvienta nuestra, sino para ofrecerte mi amor. Pero no me atreví a hablarte. Mi tímida mirada no acertó a adivinar tus sentimientos, y cuando te contemplé en el espejo del agua de la fuente sólo vi la amistad reflejada en tus ojos. Me consideraba a medio camino de la felicidad conseguir traerte a mi casa. Ahora acabas de hacerme feliz. ¡Bendita seas!

Dorotea miraba conmovida a Hermann, y no rehusó el abrazo ni el beso —dicha suprema de los enamorados cuando son largo tiempo deseados— como prenda de una felicidad futura y de una dicha al parecer ilimitada.

Entretanto, el cura había explicado el caso a los demás. Dorotea se acercó al padre, se inclinó ante él, como signo de respeto y afecto, y besándole la mano, que él trató de ocultar, le dijo, graciosa y cumplida:

—Perdone usted mis lágrimas de dolor y mis lágrimas de alegría, ocasionadas por una doble sorpresa. Disculpe también mi susceptibilidad y mi contento presente por la felicidad inopinada que encuentro y que todos compartimos. ¡Y este primer enojo que le he causado, de modo tan involuntario y sin sospecharlo, que sea el primero y el último! Los deberes que me había comprometido a ejecutar como sirvienta, y de cuya carga me habría aligerado el afecto, ahora serán cumplidos por la hija con no menos amor y fidelidad.

El padre la abrazó ocultando sus lágrimas. La madre se acercó a Dorotea y después de estrecharle las manos, la besó con efusión. Ambas mujeres se abrazaron llorando en silencio.

Entretanto, el cura se apresuró a coger la mano del mesonero y a sacarle del dedo, no sin esfuerzo, pues lo tenía gordezuelo, el anillo nupcial; cogió también el de la madre y prometió a la pareja, diciéndoles:

—¡Que estos anillos de oro puedan formar una nueva unión tan feliz como la antigua! Hermann ama a Dorotea, y Dorotea, por su parte, confiesa que siente inclinación por Hermann. Pues desde ahora y con el consentimiento de vuestros padres, y en presencia de este buen amigo como testigo, yo os bendigo como novios y espero bendeciros muy pronto como esposos.

El boticario en seguida les dio la enhorabuena con muchos cumplidos y razones. Pero el cura, al intentar poner el anillo de oro en el dedo de Dorotea, quedó perplejo y sorprendido al encontrar el otro anillo que Hermann ya había notado y que tantas inquietudes le había dado desde su encuentro en la fuente.

—¡Cómo, hija mía! —dijo guasón y sin malicia—. ¿Tal vez vas al altar por segunda vez? ¿No vendrá a oponerse el primer novio a vuestra unión?

–¡Oh! —exclamó Dorotea—, permitan que conserve un recuerdo, que bien se lo merece, de aquel joven que marchó para no volver nunca más y me dio este anillo. Presintió cuanto debía sucederle, cuando su entusiasmo por la libertad y el deseo de unirse a la revolución le llevaron a París, donde encontró la prisión y la muerte. <<Adiós, me dijo, me voy, sé feliz. Todo se agita sobre la tierra, todo parece que va a hundirse; las bases fundamentales de los Estados más sólidos se derrumban; el patrimonio abandona a su propietario; el amigo reniega de la amistad, los amores se olvidan. Yo debe dejarte. ¿Quién sabe dónde y cuándo te volveré a encontrar? Tal vez sean éstas nuestras últimas palabras. Con razón se ha dicho,

y ahora es más cierto que nunca, que el hombre sólo está de paso en el mundo. Si antes éramos extraños a la tierra, más lo somos ahora en que no nos pertenece ni el suelo que pisamos; las riquezas emigran; el oro y la plata de los templos se funden, y desaparecen sus formas antiguas y sagradas. Todo se remueve y agita como si el mundo estuviera consumido y quisiera volver al caos y a la noche para renacer en un aspecto distinto. Guárdame mi amor, y si algún día volvemos a encontrarnos sobre las ruinas del mundo, seremos unos seres nuevos y libres, desligados de los caprichos de la suerte. Pero si ambos no podemos librarnos de los peligros que nos amenazan, si no debemos volver a vernos más, conserva por lo menos mi imagen en tu memoria y espera con la misma firmeza la felicidad o el infortunio. Si un nuevo techo te acoge o un nuevo amor te reclama, acepta con reconocimiento lo que el destino te ofrezca. Paga el amor con el amor, si es bien intencionado y puro, y sabe corresponder a tu bienhechor. Pero no cobres demasiada afición a la tierra que pises, y así nunca te vendrá de nuevo ni sentirás pena por perder lo que amas. Vive al día, trabaja contenta, y no des demasiada importancia ni valor a la vida ni a los demás bienes, pues todos son engañadores y falibles.>> Así me habló, y nunca más le he visto. Poco después perdí cuanto poseía y muchas veces he recordado sus palabras. Como aún las recuerdo en este momento en que el amor me abre las puertas de la felicidad, y las esperanzas las de un porvenir risueño. ¡Oh!, perdóname, querido Hermann, si todavía tiemblo al cogerme en tu brazo. Me tambaleo como el marinero que, abandonado el navío, aún se siente inseguro por firme que sea la tierra que pise.

Mientras exponía estas razones se puso el nuevo anillo junto al antiguo. Hermann le replicó emocionado:

—Dorotea: ¡que nuestra unión concertada en medio del desorden general sea sólida e inquebrantable! Opongamos juntos nuestro pecho a las desgracias; pensemos en conservar nuestros días, que deben sernos preciosos, y mantenernos en posesión de nuestros bienes para embellecerlos. El hombre que se exalta en una época en que todo se derrumba, agrava el desastre; pero aquel que permanece firme e inalterable se crea un mundo nuevo. No es digno de los alemanes impulsar ni propagar este movimiento terrible, ni perder el juicio de un lado para otro: nuestra conducta debe estar en consonancia con nuestro carácter. Así debemos pensarlo y sostenerlo. Lo nuestro es nuestro. Así lo demostraron también los pueblos intrépidos que se levantaron en armas para defender a su patria, para salvar sus leyes y su religión y para proteger a sus familiares. Ahora eres mía, y lo mío me pertenece aún más que antes, y me es más querido. Deseo conservarlo tranquilo y sereno, sin turbarme por temores ni inquietudes y defendiéndolo con valentía. Y si los enemigos nos amenazan, más pronto o más tarde, tú misma armarás mi brazo. Mientras tú estés en casa junto a mis padres presentaré sin temor alguno mi pecho contra el enemigo. Si todos fueran de mi parecer, la fuerza se levantaría contra la fuerza y la paz reinaría entre nosotros.